

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Una víbora en tu seno

El espionaje es un mundo aparte del mundo. Las cosas que ocurren en el espionaje, las cosas que se les ocurren a los espías, pueden ser consideradas de otro mundo… Pero no: en realidad son de éste; sólo se trata de no perder el control de los acontecimientos que nosotros mismos creamos. En esta ocasión, los planes malvados son de tal envergadura que causan escalofríos. Pero el creador de estos planes parece que no tiene en cuenta que la agente Baby tiene en el mundo más amigos que enemigos.



Lou Carrigan

Una víbora en tu seno

Brigitte en acción - 472

ePub r1.0

Titivillus 04-01-2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

Como era habitual en él, Frank Minello entró en el despacho de Brigitte como una tromba, pero en esta ocasión, nada más mirar el rostro alterado de su más querido amigo, la periodista-espía comprendió que la alteración tenía que estar justificada.

—¡Date prisa! —exclamó Minello—. ¡Ven conmigo, corre!

Conocía tan bien a Minello, que no se molestó en pedir explicaciones. Sencillamente, se puso en pie y salió del despacho que ocupaba en el edificio del Morning News, en la planta de los directivos. Minello, que había mantenido la puerta abierta salió tras ella, cerrando.

—Vamos a la sala de noticias exteriores —dijo.

—Muy bien.

La llamada «sala de noticias exteriores» era un servicio interno del diario neoyorquino Morning News que consistía, sencillamente, en una amplia habitación confortablemente amueblada, con librería, bar, teléfono, y dos aparatos de televisión y varias radios; cada uno de estos aparatos, simplemente, captaba los programas de las diversas cadenas y emisoras de noticias en los Estados Unidos. En esta sala solían reunirse los directivos del periódico para ponerse al corriente de las noticias del día mientras tomaban un café, hacían alguna llamada telefónica particular, o simplemente se relajaban durante unos minutos de su propio trabajo.

Minello abrió la puerta de la sala de noticias, Brigitte entró, y saludó a dos compañeros jefes de otras tantas secciones del periódico, que estaban comentando las últimas noticias difundidas por una cadena de televisión.

—Caramba, Brigitte, tú por aquí —guiñó un ojo uno de ello—. ¡No me digas que vienes a escuchar noticias!

—¿Por qué no? —se sorprendió Brigitte.

—Porque tenía entendido que las noticias las generas tú… A

propósito, precisamente quería ir a verte a tu despacho para…

—Dennis —le interrumpió Minello—, ¿te importaría dejarlo para otro momento? Brigitte y yo tenemos que atender una noticia urgentemente.

—¿Sí? ¿Qué noticia?

—Una que afecta a la sección de Brigitte. Vamos, no nos hagas perder más tiempo. Luego nos reunimos a tomar unas copas.

—¿Con Brigitte? —Se maravilló Dennis Hamner.

—Lo prometo —alzó la propia Brigitte una mano, sonriendo—. Y además te permitiré que seas tú quien invites.

—Caíste en la trampa —rió el otro periodista—. Bueno, yo también tengo cosas que hacer ahora. Supongo que también estoy invitado, Brigitte.

—Pregúntaselo a Dennis, que es quien paga.

—Oh, eso no me preocupa. A lo que me gusta estar invitado es a tomar unas copas contigo…, y si es necesario, pago yo.

—No peleaos —gruñó Minello, empujándolos hacia la puerta—. Hoy paga Dennis y mañana pagas tú. Es muy sencillo.

Cerró la puerta a espaldas de ambos, y se dirigió hacia uno de los televisores, mientras señalaba uno de los asientos, que Brigitte ocupó. Mientras ella encendía un cigarrillo, Frank recogió la cinta de vídeo en la que, por sistema, se grababan los programas que se visionaban en la sala de noticias. De este modo, si después de presenciado el programa, fuese cual fuese, convenía hacer comentarios sobre él, se pasaba la cinta, se veía de nuevo el programa, y se aclaraban las dudas.

—Estaba aquí descansando unos minutos cuando dieron la noticia —explicó Minello, terminando de preparar el aparato—. Me afectó tanto que tardé un poco en reaccionar. Luego, me pareció mejor terminar de escucharla que ir corriendo a llamarte. Ahora podrás verle íntegra.

—¿De qué trata?

—De espionaje. De tu amada CIA.

—Vamos, Frank, no digas tonterías: sabes que yo no «amo» a la CIA Yo trabajo utilizando el gran poder de la CIA, que no es lo mismo. ¡Lo sabes mejor que nadie y hace mucho tiempo!

—Cuando he dicho tu amada CIA he dicho bien —la miró fijamente Minello—, porque la noticia trata de esa parte de la CIA

que tú sí amas realmente. Me refiero a los agentes del Grupo de Acción; dicho de otro modo, a tus queridos Simones… aunque lo que vas a ver no afecte a Simones propiamente dichos…

—Me parece —suspiró Brigitte— que será mejor que pases la cinta y dejes de plantearme enigmas.

—De acuerdo.

Minello puso en marcha el sistema de vídeo, y la noticia que él había seleccionado para su amiga y gran amor de su vida, la periodista Brigitte Montfort, alias la agente «Baby» de la CIA, la espía más astuta, peligrosa e implacable jamás nacida, comenzó a aparecer en la pantalla.

Primero, el locutor de la emisora de televisión. Estaba hablando de la CIA.

—Este mediodía, en la emisora TVSS de El Salvador, ha sido difundida la noticia que afecta a la CIA, al quedar en evidencia, cinco de sus colaboradores en Centroamérica poco después de que fuese hallado muerto uno de ellos, el llamado Gregorio Azaña. Ofrecemos a ustedes la fotografía de Gregorio Azaña, el asesinado espía, y las de los otros cinco colaboradores de la CIA, cuyos nombres son Teófilo Paván, que al parecer es el jefe del grupo que operaba en Centroamérica, Lucas Otero, Herminio Pérez, Luis Costas y Francisco Herreros. Estas fotografías han sido difundidas, como decíamos, por la emisora salvadoreña TVSS, delatando así a los componentes de ese grupo que, se insiste, realizaba servicios especiales para la CIA en toda Centroamérica. Es razonable creer que el asesinato de su compañero Gregorio Azaña ha puesto en fuga a los restantes miembros del grupo, incluido su jefe, Teófilo Paván. En estos momentos se ignora el paradero de estos cinco hombres, que se suponen acosados por los mismos elementos desconocidos que asesinaron a Gregorio Azaña. Naturalmente, la CIA niega tener relación alguna con lo sucedido e incluso con ese grupo de hombres, pese a que la noticia indica bien claramente y sin lugar a dudas que todos ellos estaban al servicio de nuestro organismo de espionaje.

La noticia terminó. Pero mientras tanto, en la pantalla del televisor habían ido apareciendo los rostros de los seis hombres en cuestión, todos ellos evidentemente latinos. Gregorio Azaña, el que se decía que había sido asesinado, era el mayor del grupo, quizás

tenía unos cincuenta años. Los demás parecían tener entre treinta y cuarenta. Los dos más característicos eran Francisco Herreros, que quizás era el más joven y tenía aspecto de gordito bonachón, y Teófilo Paván, el jefe del grupo, cuya expresión hermética y seria sugería un carácter humano de mucho cuidado.

Brigitte miró serenamente a Minello, que murmuró:

—Creí que debía decírtelo.

—Si no recuerdo mal el locutor ha dicho que esta noticia ha sido difundida en Centroamérica por la emisora salvadoreña TVSS. ¿Correcto?

—Sí… Sí, exactamente.

—Son las —Brigitte miró su relojito de pulsera— siete y veinte de la noche, es decir, que hace más de siete horas que la Central debe de estar al corriente de este pequeño desastre. Mientras tanto, yo he estado encerrada en mi despacho poniendo al día mis asuntos atrasados y toda una serie de cosas de mi faceta de periodista, así que no me he enterado de nada. Entonces, la pregunta es: ¿por qué nadie de la Central me ha avisado de esto?

—Bueno, si estabas aquí… Además, no se trata propiamente de un Simón, quiero decir de un agente norteamericano, sino de un colaborador local. Quiero decir que posiblemente en la Central han pensado que la muerte de ese Gregorio Azaña no había de afectarte igual que la de un Simón del Grupo de Acción.

—Eso es parcialmente cierto. Pero, Frankie, no sólo han asesinado a un colaborador de la CIA, sino que han puesto en dificultades a otros cinco, que en estos momentos deben de estar escondidos cualquier sabe dónde y evidentemente con sus vidas en peligro. Toda esta situación no puede haberse producido por una tontería, tiene que estar sucediendo algo importante en Centroamérica, ¿no te parece?

—Pues sí, es verdad, tienes razón.

—Entonces ¿por qué la CIA no me ha avisado discretamente, como ha hecho tantas veces? Porque fíjate bien, Frankie: ¿no deberíamos saber quién y por qué ha atacado ese grupo de colaboradores de la CIA? Y sobre todo: ¿no deberíamos saber quién ha delatado ese grupo de seis colaboradores de la CIA?

—Sabía que la noticia tenía que ser importante —mascullό Minello—, pero escuchándote a ti me parece cada vez más

importante. Y a ver si te parece bien mi resumen: a) ¿qué está sucediendo en Centroamérica?, b) ¿quién ha asesinado a Gregorio Azaña y evidentemente está acosando al resto del grupo?, y c) ¿quién ha delatado a ese grupo de colaboradores, incluso proporcionando sus fotografías, a la emisora TVSS para que las difunda y al poco sean difundidas por las emisoras de todo el mundo? Porque la noticia tiene que haber dado ya la vuelta al mundo, seguro.

—Segurísimo —asintió Brigitte, poniéndose en pie—. Voy a visitar a tío Charlie ahora mismo.

—Te acompaño… ¡Eh, un momento, le hemos dicho a Dennis y a James que iríamos a tomar unas copas con ellos…!

—Otro día será —zanjó Brigitte la cuestión.

* * *

«Tío Charlie», es decir, el ya muy veterano jefe del Sector New York de la CIA, se hallaba en la floristería de la calle Cuarenta y Dos que servía de tapadera desde hacía mucho tiempo al centro director de la CIA en el sector. Había terminado de cenar, y se hallaba solo y tranquilo en la sala de su vivienda interior, escuchando música, cuando la señorita Montfort y el señor Minello le visitaron. Oficialmente, ambos eran muy buenos clientes suyos: la señorita Montfort porque tenía encargadas rosas rojas a perpetuidad para su apartamento, y el señor Minello porque, con frecuencia, además de las rosas rojas hacía enviar a Brigitte otras flores por su cuenta.

La visita de la señorita Montfort impulsó a Pitzer a ofrecerle una copa de champán, pero ella la rechazó.

—No estoy de humor para champán, tío Charlie. Y usted lo sabe, del mismo modo que sabe perfectamente de qué tema he venido a conversar con usted.

—Sí —suspiró el viejo espía—, lo sé. O por lo menos, me lo imagino. Pero sí me aceptará un café, ¿verdad?

—Ni Frankie ni yo hemos cenado todavía.

—Caramba… Entonces, un aperitivo.

—Está bien —suspiró a su vez la espía—. Tomaremos ese aperitivo.

Pitzer asintió, y procedió a servirlos, Los tres confortablemente

instalados ya, y todavía sonando suavemente la música de Mozart, Pitzer dijo de pronto:

—El caso es que no sé nada.

—¿No le han informado desde la Central?

—Querida, yo soy el jefe del Sector New York nada más. La Central no tiene por qué informarme de todo lo que ocurre en el mundo, aparte de que, ciertamente, bastantes preocupaciones tengo con atender mi Sector. Por otra parte, quien ha muerto ha sido un colaborador, no un Simón, y en la Central saben perfectamente que para usted no es lo mismo.

—¿Cómo que no? Está bien, no es lo mismo, pero es «casi» lo mismo. Además, ¿no se le ha ocurrido pensar que quizás antes de ser asesinado Gregorio Azaña pudo ser obligado a delatar a todos o a muchos de sus compañeros…, y también a algunos agentes de la CIA, a algunos Simones…, que quizás en este momento estén en peligro de muerte? Eso, sin mencionar que tiene que estar ocurriendo algo serio en Centroamérica, y que, evidentemente, alguien ha traicionado a la CIA entregando todo un equipo de colaboradores a los lobos.

—Chúpate ésa —dijo Minello.

—Usted cállese, ¿de acuerdo? —Le miró hoscamente Pitzer.

—Callaré cuando esté muerto.

—Pues a ver si se muere pronto.

—¿Y por qué no se muere usted, que es más feo?

—Váyase al…

—¿Quieren dejar de hacer el imbécil? —Se impacientó Brigitte —. Quiero que usted llame a la Central para pedir explicaciones de mi parte. Y quiero que llame ahora, tío Charlie. Pregúnteles de modo muy especial qué es lo que están haciendo para resolver este asunto y, sobre todo, si han puesto a salvo de todo riesgo a esos cinco colaboradores que según la TVSS de El Salvador están acosados y en peligro de ser eliminados como Gregorio Azaña. ¿Entendido?

—Por supuesto —dijo Pitzer, poniéndose en pie.

Cuando regreso del pequeño cuarto de radio que le comunicaba directamente con los servicios de informaciones de la CIA en la Central de Langley, Brigitte había terminado su aperitivo, y encendía otro cigarrillo.

—Fuma usted demasiado —masculló Pitzer.

—Sí, es cierto. Hace muchos años que quiero dejar de fumar, y no lo consigo. ¿No es absurdo que una persona de mi inteligencia y mi voluntad no consiga dejar de fumar?

—Sí, verdaderamente, es absurdo.

—Podrías dedicarte a mascar chicle —propuso Minello—. Es un recurso viejo, pero quizá te diese resultado.

—Jamás en mi vida he mascado chicle —rechazó Brigitte—, y no pienso empezar ahora. Además, estropea la dentadura.

—Debe de ser por el azúcar.

—No creo que los chicles lleven mucha azúcar —dijo Pitzer—. Todo será a base de productos químicos sucedáneos… ¡A saber qué deben de poner en lugar de azúcar!

—Lo mejer para dejar de fumar —dijo Minello, muy serio— es irse a vivir a una isla desierta donde no haya tabaco ni nada que pueda sustituirlo. El ser humano se adapta a todo, y si no hay tabaco, pues pasa sin tabaco. Pero si hay tabaco, pues fuma.

—Es una buena idea —dijo muy suavemente Brigitte—, y quizá me vaya unos días a una isla desierta… después de que tío Charlie me diga qué le han explicado los señores de la Central.

—No me han explicado nada —gruñó Pitzer—. Me han dicho que me ocupe de mis asuntos, que ese otro asunto ya está siendo debidamente atendido por el correspondiente personal del Sector.

—¿Les ha dicho usted que yo estoy aquí y que soy quien ha solicitado esa información?

—Claro. Y me han dicho que ellos son los primeros en recurrir a usted cuando tienen graves problemas, lo cual no ocurre ahora. Todo está bajo control.

—De acuerdo, eso lo creo, pero… ¿qué está ocurriendo en Centroamérica?

—No se me ha informado al respecto.

—¿Están a salvo Teófilo Paván y sus cuatro compañeros en fuga?

—No me han informado al respecto.

Brigitte estuvo nos segundos mirando fijamente a Charles Alan Pitzer. De pronto asintió, apagó el cigarrillo en el cenicero, recogió su bolso, y se dirigió hacia la puerta de la sala.

—Gracias por el aperitivo, tío Charlie.

—Les acompañaré a la puerta —gruñó Pitzer—, aunque si desean quedarse un rato a escuchar música o a charlar estaré encantado de su compañía.

—¿De la mía también? —sonrió Minello de oreja a oreja.

—Era un decir.

—Ah, ya me extrañaba, ya… Oiga: ¿a que no adivina qué es lo que va a hacer Brigitte a partir de este momento?

—Claro que lo adivino —masculló el veterano espía—. La conozco desde antes que usted y más que usted, yo la hice como espía, ¿recuerda?

—Pues ya que tanto sabe, dígamelo. ¿Qué va a hacer ahora Brigitte?

—Se va a ir de viaje.

—¿Adónde?

—A Centroamérica, concretamente a El Salvador, para meter sus narices en todo este asunto, le guste o no le guste a los señores de la Central de la CIA.

—Exacto. ¿Y sabe una cosa?: ¡yo me voy con ella!

—Tú no vienes conmigo —rechazó Brigitte—, porque si voy por mi cuenta no quiero que me acompañes, ya que no contaré con la ayuda de mis Simones, así que bastante trabajo tendré con cuidar de mí misma.

—Oye, un momento —refunfuñó Minello—. ¿Qué quieres decir? ¿Que tendrías que cuidar de mi como de un niño?

—Como de un niño, no. Pero si han matado a un hombre y están acosando a otros cinco para matarlos también, no se detendrán porque tú aparezcas por allí, así que prefiero que te quedes. Y no hay más que hablar. En cuanto a eso de privarme totalmente de la ayuda de la CIA… ¿por qué he de hacerlo? No pueden negarme aunque sólo sea facilitarme la introducción en El Salvador, ¿verdad?

—A usted no pueden negarle nada —dijo Pitzer.

—Entonces, llame de nuevo a la Central, dígales que mañana salgo para Centroamérica en el primer vuelo que consiga, y que cuando llegue al aeropuerto de Ilopango quiero encontrar allí esperándome a alguien que me facilite información y una pista de todo este asunto, por pequeña que sea.

—No les gustará su iniciativa, Brigitte.

—Poco me importa que les guste o no. A mí tampoco me han gustado ellos nunca, y les he prestado infinidad de servicios. De modo que dígales eso. Y dígales también que si no encuentro a nadie esperándole en el aeropuerto de San Salvador, me enfadaré.

Capítulo II

No había nadie esperando a la señorita Montfort en el aeropuerto de Ilopango, a trece kilómetros de la ciudad de San Salvador. Ni había nadie, ni, evidentemente, habría nadie para atenderla, de eso se había convencido ya la recién llegada viajera.

Es decir, no tan recién llegada. Hacía más de una hora que había aterrizado en Ilopango, había cumplido todos los trámites habidos y por haber, había tomado un par de cafés en el bar…, y seguía esperando que alguna persona acudiera a recibirla y a darle alguna explicación o satisfacción por pequeña que fuese. Esto era tan absolutamente infrecuente en los desplazamientos de la agente Baby por todo el mundo que la espía no terminaba de creérselo, no terminaba do admitir que ningún Simón la estaba esperando, que nadie aparecería para ponerse a su disposición.

Muy bien.

La señorita Brigitte Montfort entró en los servicios del aeropuerto. Salió de ellos quince minutos más tarde… sólo que ya no se parecía prácticamente nada a la señorita Montfort, la hermosa morena de ojos azules. En su lugar salió una mujer que parecía tener alrededor de cincuenta años, rubia visiblemente teñida, es decir, como una persona que pretende aparentar más juventud de la real, con gafas, y vestida de un modo pura y simplemente vulgar. A nadie del mundo se le habría ocurrido mirarla dos veces: no valía la pena.

En un taxi se hizo llevar a San Salvador, donde, en Carrera Ochoa, se halla ubicado el Hotel Cervantes. En este hotel, la espía más peligrosa del mundo se alojó como la ciudadana americana, es decir, norteamericana, Melody Grant, turista solitaria y solterona de buen carácter y que parecía dispuesta a hacerse amiga de todo el mundo…, que es la mejor manera de que el mundo no te haga el menor caso.

Hacia las seis de la tarde, la señorita Melody Grant conseguía la conferencia telefónica que había solicitado con cierto número de Londres, y con cuyo usuario estuvo conversando no en español, ni siquiera en inglés, que parecía lo más lógico, sino en una mezcla de dos idiomas que la telefonista no habría identificado jamás si se hubiera molestado en escuchar la conversación, lo que no hizo, pues no le interesaba. En cualquier caso, la conversación, de apenas dos minutos y desarrollada en una mezcla de ruso y alemán, no habría tenido sentido para nadie…, salvo para el interlocutor de la señorita Grant, por supuesto.

Hacia las nueve menos cuarto de la noche, cuando la señorita Grant ya había cenado, y se hallaba en la sala de espera del hotel leyendo los periódicos del día, apareció el sujeto: unos cuarenta años, alto, delgado, de ojos claros, seriamente vestido, porte elegante y actitud indiferente. Lo que en términos conocidos podría definirse como un aburridísimo caballero.

Miró hasta localizar a la señorita Grant, se plantó ente ella, y carraspeó. Ella alzó la mirada, y le contempló con curiosidad… y con una chispa de divertida malicia en el fondo de sus ojos vulgarmente marrones.

—¿Sí? —inquirió.

—¿Señorita Grant? ¿Melody Grant?

—En efecto.

—Señorita Grant, soy Spencer Talbot, ciudadano británico establecido comercialmente en El Salvador hace tiempo… He venido a ponerme a su disposición incondicionalmente.

—Es usted muy amable, señor Talbot, pero… me parece que no nos conocemos.

—Ahora ya sí —sonrió él—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor.

—Gracias —Talbot se sentó, y la miró entre indeciso y expectante, como si buscase en el rostro o en los ojos de ella algo que no encontraba—. Hace un rato he recibido una llanada de… digamos mi casa matriz de Londres rogándome que me pusiera en contacto con usted en este hotel. Al parecer, señorita Grant, dispone usted de amistades muy importantes en mi casa matriz. ¿En qué puedo servirla?

—¿Qué está pasando con ese asunto del grupo de la CIA uno de

cuyos miembros ha sido asesinado y los otros cinco están en fuga?

—No lo sabemos.

—Señor Talbot, le recuerdo que desde Londres deben de haberle dicho muy claramente que todo lo que yo pida tiene usted que concedérmelo.

—A decir verdad me ha dado la impresión de que debía tratarla a usted mejor que a nuestra reina, a quien Dios guarde muchos años. Por lo tanto, señorita Grant, si le digo que no lo sabemos es que no lo sabemos.

—De modo que ni siquiera el poderoso MI5 sabe lo que está ocurriendo.

—Lo siento mucho, pero así es.

—¿Tiene usted alguna noticia respecto al paradero de esos cinco hombres que están huyendo o escondidos como ratas en cualquier sitio?

—Ni la más pequeña noticia. Mire, para no aburrirla con mis negativas, le diré que solamente sabemos lo que dijo hace ya tres días la televisión.

Naturalmente, no sólo nosotros, sino otros servicios secretos que operan en la zona se han interesado por el asunto, pero tengo la impresión de que ninguno ha conseguido información digna de un mínimo de interés.

—¿Ni siquiera los rusos?

—Habría que preguntarles a ellos, pero creemos que no. Ni ellos ni nadie saben nada.

—¿Conoce usted a algún agente de la KGB, señor Talbot?

—Por supuesto. A varios. Y ellos me conocen a mí, claro está. De cuando en cuando nos vigilamos un poco, nos saludamos, y procuramos no complicarnos la vida.

—Sí, conozco el sistema.

—¿De veras? Entonces, ciertamente, ¿es usted de la CIA?

—Sí.

Spencer Talbot mostró su perplejidad claramente con su gesto.

—¿Y no sabe usted qué está ocurriendo con un grupo de colaboradores de la CIA?

—No, no lo sé.

—Eso significa que no está aquí enviada y asesorada por la CIA…

—En efecto. Estoy aquí por mi cuenta. Por eso, para conseguir alguna información, pedí ayuda a un viejo amigo mío que ocupa un altísimo cargo en el servicio de inteligencia británico.

—Dios salve a la reina… ¿Es usted la agente Baby?

—Ssssst —se llevó Melody un dedito a los labios.

—Descuide, seré una tumba. Por todos los demonios, ¡estoy haciendo contacto con la reina del espionaje! Y por tanto… tiene que estar ocurriendo algo tan importante que…

—No corra tanto, señor Talbot. Yo no he dicho que esté ocurriendo algo importante. Simplemente, he venido a investigar por mi cuenta una cosa que me ha sorprendido… y preocupado mucho. Veamos, ¿puede indicarme algún ruso que sea mínimamente razonable?

—Revaz Utchenko. Es un viejo perro sarnoso que está a punto de retirarse, convencido de que el mundo es una mierda y él mierda y media… con perdón de la expresión. Es un hombre muy inteligente, aunque yo no diría que su carácter es bueno, en el sentido de simpático.

—¿Y en el sentido de bondad?

—La expresión «viejo perro sarnoso» ha querido ser de cariz afectuoso, señorita Grant.

—Entiendo. ¿Dónde puedo encontrarlo, si en algún momento fuese conveniente una entrevista con él?

—Utchenko tiene un defecto que es más bien un problema de salud: toma cada día no menos de veinte cafés, casi todos ellos en un bar llamado El Cafetal, en la Avenida Balboa.

—Veinte cafés, qué barbaridad.

—Sí. Si los tomase yo ya habría muerto, con el hígado hecho polvo. Pero cada cual es cada cual, y como suele decirse, cada cuerpo es un mundo.

—Querrá usted decir que cada «vida» es un mundo.

—Creo que está mejor dicho cada cuerpo es un mundo. Y le explicaré por qué: las vidas de las personas…, quiero decir, claro, de las personas normales, no las personas como nosotros…, suele ser digamos vulgar y anodina, no tiene mayor relieve. Si nos paramos a analizar nos daremos cuenta de que aparte de que cada país tiene sus costumbres, e incluso cada región de cada país, todas las personas que viven en ese país o en esa región llevan una vida

prácticamente idéntica: trabajan, comen, mienten, hacen el amor, duermen… Bueno, toda una serie de actividades, casi ninguna de ellas digna de la menor admiración, y yo me atrevería a decir que todas iguales, es decir, que todos vienen a hacer lo mismo a lo largo del día y a lo largo de su vida. Vamos, que las vidas de todas esas personas son iguales, así que no podemos decir eso de que cada vida es un mundo. En cambio, cada cuerpo… Ah, eso ya es otra cosa, ¿ve?: un cuerpo es aparentemente igual a otro cuerpo; pero por dentro, que es lo que importa de los cuerpos, la cosa cambia, cada cuerpo es como un pequeño universo de características peculiares. Un cuerpo soporta el frío, otro el calor, otro no tolera el alcohol, otro lo asimila sin grandes problemas, uno es de complexión fuerte, otro es un alfeñique, uno es apasionado, otro es frío, uno muere de cáncer, otro de infarto… ¿Comprende? ¡Cada cuerpo sí que es un mundo, señorita Grant!

—Me deja usted pasmadísima, señor Talbot… ¡Zambomba, es todo un filósofo!

—Sí, la verdad es que últimamente me ha dado por reflexionar. Por ejemplo: ¿cómo es posible que yo siga vivo en una zona caliente como ésta, en la que desde hace tanto tiempo la vida es un infierno gracias a la CIA?

—Vamos, vamos, la CIA no es la única que hace porquerías en la zona, señor Talbot.

—Me temo que tiene usted razón. Bien…, pídame alguna cosa que esté a mi alcance para complacerla, por favor.

—¿Tiene usted alguna idea de cómo consiguieron esa información del grupo de colaboradores de la CIA los noticiarios de la TVSS de aquí?

—Inteligente pregunta.

—Para la cual no tiene usted respuesta —sonrió Melody.

—Lo siento, pero no, tampoco tengo esa respuesta. Pero puedo decirle quién es el jefe de los servicios informativos de la emisora TVSS.

—Algo es algo.

—Se llama Niceto Enríquez, es periodista, tiene algo menos de cuarenta años, y es un hombre fuerte, atlético, guapo, y uno de esos… muchachos modernos a los que llamarlos agresivos es hacerle un elogio. Es todo un made-self-man, ¿comprende?

—Me pregunto, señor Talbot, si a usted no se le había ocurrido ir a preguntarle al señor Enríquez de dónde ha sacado la información.

—Se me ocurrió, pero me pareció mucho mis sensato no complicarnos la vida con lo que fuese que estaba sucediendo con la CIA. Por otra parte, pensé que si la CIA precisaba nuestra colaboración, como en otras ocasiones, ya me la pedirían.

—Pero nadie le ha pedido nada.

—Nadie.

—Y seguramente está usted sorprendido y hasta inquieto por el hecho de que desde hace tres días la CIA haya desaparecido de la zona.

—Es lógico que se hayan marchado o escondido —encogió los hombros Talbot—, pues el riesgo de que quienes han matado a Azaña y delatado a todos les ataquen también a ellos es bien evidente. Los dos sabemos, señorita Grant, que en ocasiones lo más sensato es despejar la zona.

—O sea, que en efecto usted ha comprobado que los agentes de la CIA que habitualmente operan en esta zona han desaparecido.

—Desde luego.

—Bueno, entonces ya no estoy tan enfadada —sonrió la espía—. Claro que es lo normal, pero pensé que habrían dejado a alguien aunque sólo fuese como retén, y para recibirme a mi llegada.

—Hasta donde nosotros sabemos todos los agentes de la CIA conocidos han desaparecido.

—¿Cree que han podido matarlos… o que simplemente se han marchado?

—Esperemos que se hayan marchado —frunció el ceño Talbot—, aunque ni a usted ni a mí nos sorprendería demasiado que pudieran haber caído en una trampa, ¿verdad? De todos modos, no entiendo por qué está usted tan inquieta: llame a su Central y allá le dirán cómo están las cosas, aunque ahora esté operando por su cuenta.

Brigitte se quedó mirando atentamente al agente británico, y decidió dar la callada por respuesta, pues no quería decirle que la CIA se había negado a facilítale información a ella dos días antes, en ningún sentido. Esto habría sorprendido no poco a Talbot, e incluso le habría hecho desconfiar de que ella fuese realmente la agente Baby. Una cosa era que ella interviniera por su cuenta para

ayudar a sus compañeros de la CIA, cosa que no sorprendería a nadie, y otra cosa era que la CIA quisiera tenerla apartada del asunto.

—Reflexionaré esta noche sobre algunas cosas y mañana tomaré una decisión —dijo suavemente—. Ha sido usted muy amable, señor Talbot. ¿Cómo puedo ponerme en contacto directo e inmediato con usted si volviera a necesitarlo?

—Del modo más sencillo —el británico le tendió una tarjeta—. Aquí tiene mi dirección y mi teléfono. En la empresa siempre hay alguien que atenderá su llamada, y si yo no estoy sabrá cómo pasarme su recado.

—Entiendo —sonrió Melody—. Están muy bien organizados, ¿verdad?

—Bah, un tinglado provisional, en realidad. Personalmente me pregunto si en realidad vale la pena mantener tan caliente toda Centroamérica. Debe de haber algo especial por aquí, ¿no le parece? Y no me refiero a lo que está sucediendo ahora, sino en general y en conjunto… ¿Por qué cree usted que Centroamérica interesa tanto? ¿Sólo porque al parecer es el único lugar por el que puede practicarse otro canal? ¿Quizás existen en la zona unas reservas enormes de petróleo, quizá de oro, diamantes, uranio, gas…? ¿Quizá se pretende conservarla como una zona agrícola que sería la despensa de Estados Unidos? ¿O tal vez es sólo un punto más del mundo donde consumir las armas que mantienen en activo una buena parte de la industria… «metalúrgica» de algunos países…?

—Señor Talbot: piensa usted demasiado.

—¿Usted no?

—También —sonrió secamente Brigitte—, pero no comunico mis pensamientos al primero que llega.

—Sé que no corro riesgo alguno hablando en serio con usted.

—Muchas gracias. Pero… ¿no se le ha ocurrido pensar que yo podría no ser yo, sino otra agente cualquiera que comentara en su informe que el señor Talbot tiene ideas un tanto subversivas hacia su propio servicio?

—No es así exactamente. Mire, sé que todo es una mierda, pero lo será mande quien mande, de modo que prefiero que mande Inglaterra.

—Exactamente eso pienso yo, sólo que, claro, quien prefiero que

mande es Estados Unidos. De verdad, señor Talbot, ha sido un placer conocerle. Ah, una última cosa: ¿dónde puedo encontrar al señor Enríquez?

* * *

Niceto Enríquez salió de los estudios de la TVSS cerca de las once de la noche, después de emitir el último noticiarlo y conversar con algunos compañeros. Le acompañaban dos atractivas muchachas que reían mucho, al parecer encantadas de la simpatía del presentador periodista, que efectivamente era un apuesto ejemplar masculino.

Por un momento, Melody temió que Enríquez y las dos muchachas se metieran en el mismo coche para ir juntos a prolongar las satisfacciones del día, pero no fue así. Ellas se metieron en un coche y Enríquez en otro, un Ford Scorpio oscuro. Siempre utilizando los pequeños gemelos de teatro, la espía norteamericana estuvo vigilando a Enríquez hasta que éste sacó el coche del estacionamiento de la emisora de televisión y emprendió el camino hacia San Salvador.

Detrás del coche de Enríquez partió el de las dos muchachas.

—Ya me extrañaba a mí —refunfuñó Melody—. Van en coches separados pero ahora van hacia el mismo sitio, para pasarlo bien.

Guardó los gemelos en el maletín forrado de raso negro, y partió en pos de los dos coches al volante del Chevrolet que había alquilado. Los estudios de la TVSS se hallaban ubicados en una pequeña zona industrial a unos veinte kilómetros de San Salvador, relativamente cerca del aeropuerto y todavía más cerca del lago Ilopango. Una autopista, que tenía ramificación con la que unía el aeropuerto y la ciudad, convertía aquellos veinte kilómetros en un paseo. La noche era hermosa, estrellada, quieta.

Niceto Enríquez no se dirigía a la ciudad. Salió de la autopista por un desvío, recorrió un tramo de carretera normal de un par de kilómetros, y luego se desvió por una carretera más estrecha. Apareció el portón de entrada de una mansión, con grandes verjas. Junto a éstas había un hombre, que saludó a Enríquez y le dejó pasar. Siguiendo aquella carretera estrecha y evidentemente privada, estaba la casa, en aquellos momentos profusamente

iluminada. Las dos chicas con el descapotable se detuvieron también en la entrada a la mansión, conversaron un instante con el guarda, y continuaron detrás de Enríquez.

Melody retrocedió con el coche, lo metió entre unos pinos, apagó el motor y todas las luces, y quedó pensativa. Lo que fuese que estuviera haciendo Enríquez no era nada secreto, desde luego. Seguramente se trataba de una fiesta a la que había sido invitado. Debía de tener muy buenas relaciones.

¿Tenía alguna importancia aquella actividad nocturna de Niceto Enríquez?

Tras un par minutos más de reflexiones, Melody Grant procedió a efectuar otra transformación de su persona. Salió del coche, se desnudó, se puso las mismas ropas pero al revés y retirando una de las piezas, cambió la peluca por otra más juvenil, prescindió de las gafas y de las lentillas de contacto que daban la coloración marrón a sus ojos, y finalmente cambió los zapatos por otros que retiró de debajo del asiento. La señorita Grant ya no existía, al menos en su aspecto anterior: ahora existía una espléndida joven rubia de ojos azules y sonrisa cautivadora.

Dos minutos más tarde, el guarda de las verjas de la mansión quedaba fascinado por el bello rostro que asomaba por la ventanilla del coche recién llegado.

—¡Hola! —Saludó la nueva Melody—. ¿Ha llegado Niceto? Niceto Enríquez, quiero decir, de la TVSS. Olvidó una cosa en los estudios, y como sé que la necesita para trabajar esta noche en su casa se la he traído… Si no recuerdo mal dijo que vendría aquí esta noche. ¿Llegó?

—Sí, señorita.

—Muchas gracias. Iré a…

—Perdone, pero… ¿está usted invitada?

—¿Invitada? ¿A qué?

—A la fiesta, naturalmente.

—Ah. Pues no. Oiga, yo no vengo aquí de fiesta. Yo vengo a traerle a Niceto unos papeles, se los entrego, me voy, y que se diviertan ustedes. ¿Comprende?

—Está bien —aceptó el hombre, tras un titubeo—. Siga por el sendero.

—No se preocupe, que no me perderé: nadie se perdería, con

tanta luz para guiarle. Gracias y hasta ahora.

Melody Grant en versión belleza se adentró en la bien protegida propiedad donde se celebraba una fiesta. Por un instante se preguntó qué clase de fiesta podía ser. ¿Diplomática? ¿Particular? ¿Con invitados internacionales, o sólo del país…?

Muy cerca del sendero alcanzó a divisar, en dos sitios diferentes, las figuras de dos hombres que se deslizaban por entre las frondas. Vigilantes.

Y por supuesto, armados, pues no era creíble la existencia de vigilantes desarmados o que sólo utilizasen garrotes rudimentarios. Todavía, antes de alcanzar la gran explanada a la cual daba fachada la casa, divisó otro vigilante… No parecía que tuvieran perros, sin embargo.

La casa era hermosa, amplia, de dos plantas. En efecto, estaba completamente iluminada, y desde ella llegaba la música. Melody detuvo el coche junto a otros estacionados en la explanada en cuyo centro había un artístico surtidor en un estanque. Una ordinariez. Las matrículas de todos los coches que alcanzó a divisar eran del país.

—Aquí vive un palurdo —se dijo la espía—, pero cargado de dinero, eso desde luego.

Un hombre se había acercado desde el extremo de la explanada, pero se había detenido al observar que la recién llegada estacionaba el coche por su cuenta, y ahora la miraba mientras ella se acercaba a él. Por supuesto, otro empleado de la casa.

—Buenas noches —saludó Melody—. Traigo un recado urgente para el señor Enríquez. Su compañero de la puerta me ha dicho que ya llegó.

—Así es. Puede usted encontrarlo sin necesidad de entrar en la casa, si lo prefiere: la fiesta se celebra en el jardín de atrás, donde la piscina.

—Claro —sonrió divertida Melody—. Muchas gradas.

Rodeó la casa, divisando enseguida la zona de la piscina. Desde allí llegaba la música, y, ahora, risas y voces. Lo primero que divisó Melody fue la orquesta, instalada en un rincón del jardín sobre una tarima. Había no menos de doce músicos dale que dale, tocando música «caliente» del país. La piscina era magnífica, y estaba rodeada de una amplia zona de césped. Un poco más allá, una zona

de piso de terrazo, donde se hallaba instalado el bufet… Había invitados por todas partes, bebiendo champán y devorando canapés. Algunos bailaban evidentemente en plan «gracioso»…

Primero vio a las dos muchachas amigas o cuando menos conocidas de Enríquez. Estaban separadas, comían canapés, pero ninguna de ellas bebía, por el momento. Melody estuvo unos segundos mirándolas con suma atención, y terminó sonriendo con seca ironía. Se dio cuenta de que algunos hombres la miraban, pero localizó a Enríquez conversando integrado en un grupo de personas, y comenzó su maniobra de acercamiento.

«A ver qué clase de champán tienen aquí», pensó.

Se acercó al bufet, donde le sirvieron una copa. Por supuesto, no era francés. Era «vino espumoso» de California. O sea, vamos, lo que en todo el mundo se conoce como champán pero que no puede utilizar ese nombre porque está registrado por los franceses de *Champagne* creadores de esta bebida… En cualquier caso, era de calidad. Menos mal.

—Apuesto a que es usted la estrella —oyó la voz a su izquierda.

Movió sólo la cabeza, y sus azules ojos parecieron fotografiar al hombre que había hablado. Unos cuarenta y cinco años, alto, elegante, sobrio, muy atractivo con sus aladares grises y su piel bronceada.

—¿Perdón? —sonrió la espía.

—Digo que sin duda es usted la estrella.

—La estrella… ¿de qué?

—De la teleserie.

—¿Qué teleserie?

—Santo Dios… ¿De verdad no sabe de qué le estoy hablando?

—¿De una serie para televisión, quizá?

—¡Naturalmente! ¿No es usted la estrella? ¿De verdad?

—De verdad que no.

—Pues no entiendo nada de nada. Si usted, que es la mujer más hermosa de la reunión, no es la estrella…, ¿quién podría serlo?

—No tengo ni idea —rió Melody—. Mire, yo sólo he venido a darle un recado al señor Enríquez, y estoy esperando que no esté acompañado para hacerlo. Eso es todo.

El gesto de pasmo del hombre cambió por otro de súbito interés.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó.

—Soy administrativa en los estudios de la TVSS.

—¡Claro que no! —Respingó el hombre.

—¿Por qué no?

—¿Quizá también va a decirme que no ha oído hablar de Luz de estrellas?

—Perdone —se disculpó amablemente Melody—, creo que es el momento de darle el recado al señor Enríquez.

Sin esperar la reacción del desconocido, Melody se acercó a Niceto Enríquez, que se había separado del grupo y caminaba hada el bufet, con la copa vacía en una mano. Enríquez la vio acudir hacia él, alzó una ceja como intrigado, comprendió que la hermosa rubia se dirigía a su encuentro, y se detuvo.

—Señor Enríquez —llegó diciendo Melody, sin rodeos—, es necesario que usted y yo hablemos a solas inmediatamente.

—¿Sobre qué?

—Por favor, vayamos a un lugar adecuado.

—¿Quién es usted? —Se mostró terco el salvadoreño.

—¿Le gustaría que le dijera que soy la protagonista de Luz de estrellas? Y a propósito, ¿dónde estamos? ¿De quién es esta mansión?

—¿Pretende tomarme el pelo?

—No. Es solamente que le he seguido a usted desde los estudios de la TVSS, para saber adónde iba y con quién se relacionaba, por si podía sacar algo en claro. Pero ahora no sé dónde estoy ni qué significa todo esto, así que, claro, lo mejor es que conversemos.

—¿Sobre qué tema?

—¿Qué le parece el tema de su supervivencia? Por ejemplo: ¿cuánto tiempo cree usted que puede continuar con vida después de su intervención en la difusión de la noticia referente a la CIA?

Capítulo III

Niceto Enríquez palideció ligeramente, y murmuró:

—¿Me está amenazando?

—En absoluto —rechazó Melody—. Sólo le estoy exponiendo la pregunta que usted ya debió de hacerse por sí mismo. ¿O no se la ha hecho?

—No… No.

—Pues lo siento por usted. ¿Dónde estamos?

—En la quinta propiedad de un hombre muy rico, uno de cuyos negocios es la producción de teleseries. Se llama Juan Carlos Lucena, y ha dado la fiesta para notificar la puesta en marcha del rodaje de la serie y todas esas cosas. Publicidad y buenas relaciones, se llama a eso.

—De acuerdo. O sea, que esta fiesta y estas personas no tienen nada que ver con el asunto de la CIA.

—No… Nada en absoluto. Maldita sea…, ¿quién es usted?

—La persona que había pensado matarle, pero que quizás ahora le salve la vida. Vamos como casualmente hacia aquella parte del jardín, y conversaremos sin que nos miren todos y además puedan oírnos.

Melody se tomó del brazo de Enríquez, y caminaron hada la parte del jardín situada a la izquierda de la orquesta, y de donde arrancaba un sendero.

Melody sabía perfectamente que muchas personas les estaban mirando, pero no le preocupaban estas personas, sino las que se acercasen a ellos… si es que alguien lo hacía.

Cuando se detuvieron estaban detrás de la orquesta. Había una pequeña explanada circular, y dos bancos. Melody se sentó en uno de ellos, haciendo sentarse junto a ella a Enríquez. Oían la música perfectamente, pero podían conversar sin molestias. Y si alguien quería escucharles tendría que acercarse tanto que quedaría al

descubierto. Para lo que no tendrían que acercarse era para matarlos, pero Melody tenía la certeza de que las cosas no podían ocurrir así. No, no así, tan precipitadamente, tan improvisadamente.

—Las personas que le facilitaron a usted la cinta de vídeo y la información global sobre el asunto de la CIA —insistió Melody— son las mismas que posiblemente decidan eliminarlo muy pronto. ¿De verdad no lo había pensado?

—No.

—¿Quién le facilitó todo ese material? ¿O no lo consiguió usted…? Quiero decir: ¿el material se lo facilitó la emisora o lo aportó usted al programa de noticias?

—Lo aporté yo. Pero mire, no pienso decirle nada más sin saber quién es usted y qué pretende.

—Soy una periodista norteamericana que pretende conseguir un reportaje digno del Premio Pulitzer… Espere, no diga nada. Ya sé lo que iba a decir: que no está tan loco como para facilitarme a mí toda esa información, pues sería comprometido y arriesgado para usted. Pero, señor Enríquez, si no confía en mí usted ya está muerto, ¿comprende?

—Está pretendiendo asustarme —jadeó Niceto—, y le aseguro que eso no es fácil.

—Seguramente, no. ¿Sabe?: en realidad me estoy resistiendo a creer, a admitir, que usted sea tan ingenuo, incluso tan tonto de creer que podía poner en circulación esa noticia de la CIA y no verse involucrado posteriormente en acontecimientos… poco agradables. Sí, cuanto más lo pienso más me convenzo de que, de un modo u otro, usted toma parte en el juego, es una de las piezas del juego. Y yo quiero saber qué juego es ése. Veamos: ¿quién le proporcionó la cinta de vídeo y qué se pretende con todo este asunto? Y especialmente; ¿quién asesinó a Gregorio Azaña? Le advierto que…

Melody respingó al ser objeto de un brusco e inesperado ataque por parte de Enríquez, que consiguió golpearla torpemente en el pecho y casi derribarla del asiento. La sorpresa fue completa porque Melody estaba convencida de que el hombre pensaba que podría controlar la situación verbalmente.

Y evidentemente, no era así, pues Enríquez pretendía escapar, alejarse de la bella rubia. O sea, que no era exacto que la hubiese

«atacado», sino que había pretendido derribarla para poder huir, no para vencerla y quizá rematarla. Sólo que, ciertamente, Niceto Enríquez se encontró con un hueso demasiado duro para sus dientes: ni siquiera había terminado el intento de ponerse velozmente en pie cuando recibió en el estómago el fuerte impacto del puño de Melody, que le dejó sin aliento y encogido. Pese a esto, todavía quiso empujar de nuevo a Melody y terminar de incorporarse… Melody ya no se anduvo con contemplaciones: hundió su mano derecha, rígida como si fuese de acero, en el costado de Enríquez. El rostro de éste se desencajó, la boca se abrió en un gesto como de agonía, los ojos casi le saltaron de las órbitas y se llenaron de lágrimas, al tiempo que las rodillas se le doblaban y caía así ante la espía.

Melody le agarró con la mano izquierda por la corbata, y lo atrajo fuertemente, todavía sentada en el banco, como si no estuviera realizando el menor esfuerzo. Con la derecha sacó su pistolita de cachas de madreperla, y puso la boca de fuego en la sien izquierda del salvadoreño.

—¿Quién le proporcioné la información y la cinta de vídeo? —inquirió con voz que parecía puro hielo.

—Los rusos —jadeó Enrique—. ¡Fueron los rusos, los rusos!

—Los rusos —los labios de Melody parecieron de acero por un instante—. ¿Trabaja usted para ellos?

—No… ¡No, no, no!

—Entonces ¿por qué ellos le facilitaron ese material?

—No lo sé… ¡Ellos me buscaron, me lo entregaron, y me dijeron lo que tenía que hacer! ¡Me advirtieron…!

Pese a la voz de Enríquez, a la música, al rumor de fondo y al no poco alejado del grupo de invitados, Melody Grant oyó la nueva presencia de seres humanos.

O quizá no la oyó, simplemente la supo.

Como fuese, volvió de pronto la cabeza, vio a una de las muchachas que habían llegado a la fiesta en pos de Enríquez, y tuvo el tiempo justo de apartarse de la trayectoria del estilete que buscaba su cuerpo. Derribando a Enríquez esquivó la acometida por ese lado, giró completamente, apuntó a la muchacha al pecho, justo por encima del seno izquierdo, y apretó el gatillo de su pistola.

Plof, chascó el disparo.

La muchacha, que insistía en acercarse a Melody para clavarle el estilete, se detuvo en seco, y osciló como un bambú al viento, mientras sus ojos se abrían mucho, y el estilete caía al suelo.

Mientras tanto, una vez más actuaron los mecanismos protectores de una larga vida de peligros: mientras disparaba contra la muchacha, Baby se formulaba automáticamente una pregunta: ¿dónde estaba la otra muchacha?

Y la lógica más implacable indicaba que no podía estar muy lejos, también dispuesta a eliminarla. Y por lo tanto, si no podía estar muy lejos pero ella no la veía… ¿dónde podía estar, sino detrás de ella?

Si Brigitte Montfort, alias Baby, no hubiese tenido estos automatismos profesionales, si no hubiese comenzarlo a volverse, posiblemente su vida habría terminado allí, en aquel jardín de Centroamérica. Pero, al comenzar a volverse, el acero que iba destinado a partirle los riñones comenzó a penetrar por la parte derecha de la zona lumbar, se hundió apenas en el costado, desgarró la ropa, produjo un corte de escasa profundidad en la cintura, y apareció salpicando gotitas de sangre al resplandor de las luces remotas de la fiesta. Simultáneamente a esto, y sintiendo en la cintura el tremendo dolor del corte, Melody Grant disparaba su puño izquierdo, que alcanzó de lleno a la muchacha en la mandíbula, se la partió, y la derribó de espaldas talmente como si fuera un saco.

Sintiendo que la cabeza le daba vueltas, Melody buscó con la mirada a Niceto Enríquez. Le pareció verlo todavía arrodillado, pero de súbito él desapareció. O quizá fue que ella dejó de ver. La cabeza le giró velozmente, y al instante siguiente se encontró arrodillada en el suelo. Cerca de ella, en alguna parte, algo se movía. Las luces giraban, parecían adquirir mayor intensidad.

Con un tremendo esfuerzo se puso en pie, sacudió la cabeza, y la visión regresó, y además en sus justas proporciones e iluminación. Enríquez no estaba allí, pero sí las dos muchachas, ambas tendidas cara al cielo, una de ellas sin la menor duda muerta, con una bala en el corazón. En circunstancias favorables la espía americana se las habría arreglado para cargar con la superviviente y llevársela para interrogarla adecuadamente en lugar seguro, pero en las actuales circunstancias ya sería mucho que consiguiera escapar de allí sin

mayores contratiempos.

No sin temor de perder de un momento a otro el conocimiento, echó a andar hacia la explana donde había dejado el coche, pero dando un rodeo por el jardín, buscando la zona menos iluminada. Un par de veces se detuvo a escuchar y a intentar penetrar con la mirada la oscuridad. Incluso una de esas veces oyó la respiración y las pisadas de un hombre, uno de los vigilantes.

Cuando finalmente se sentó ante el volante de su coche alquilado, la señorita Melody Grant no tenía la menor seguridad de hallarse en condiciones de conducir hasta llegar a un lugar seguro…, que ciertamente no podía ser su hotel.

Los rusos.

De manera que habían sido los rusos. Los rusos.

¿Sí?

¿De verdad habían sido los rusos?

* * *

Por supuesto que Revaz Utchenko no contaba los cafés que se tomaba al día; le gustaba el café, lo asimilaba bien, y tomaba café. Era así de sencillo. Aunque quizá no lo asimilaba tan bien como creía. O al menos, no lo asimilaba tan bien como antes, porque últimamente notaba de cuando en cuando como unos leves pinchazos en la zona del hígado…

Bueno, de algo se ha de morir, ¿no? Y él prefería morir con el hígado hecho polvo por culpa del café que de un balazo o una cuchillada. La cosa incluso le hacía gracia cuando la imaginaba. ¿Y de qué ha muerto el camarada Utchenko?, preguntaría alguien, esperando que dijeran que le habían asesinado por la espalda o algo así. «De una especie de cirrosis producida por la cafeína», le contestarían.

Sí, tenía gracia.

—Hola, ¿qué tal? —Oyó el saludo a su derecha, en español.

Giró la cabeza, y se quedó mirando a la vulgar mujer de aparentes cincuenta años y carente de gracia que le contemplaba a través de las gafas con sus ojos marrones.

—Bien —contestó amablemente Utchenko—, a decir verdad muy bien. Aunque precisamente estaba pensando que tomo

demasiado café, porque hace unas semanas que de cuando en cuando noto un dolorcillo por esta parte del cuerpo.

—Si no recuerdo mal, ahí está el hígado —sonrió la rubia madura y poco atractiva.

Utchenko estuvo unos segundos contemplando los labios de la mujer, que todavía sonreían. Sonrió a su vez.

—Su disfraz no es perfecto —dijo en ruso— se le nota demasiado que la boca corresponde a una persona más joven. Digamos, de la juventud de la mujer rubia que anoche estuvo en la fiesta de Lucena y que se cargó a Enríquez.

Melody Grant en versión madura sintió un lento escalofrío recorriendo su cuerpo, producido por la indudable perspicacia e inteligencia del «viejo perro sarnoso».

—Yo no maté a Enríquez —dijo, también en ruso.

—¿No? Caramba. Pues todo el mundo está convencido de que así fue. Al decir todo el mundo me refiero, claro está, a las personas que vieron a la encantadora rubia que llegó preguntando por Enríquez y diciendo que trabajaba como administrativa en los estudios de la TVSS y que le traía alguna cosa. Imagínese la escena, señorita… ¿cómo debo llamarla?

—Melody Grant.

—Es un nombre muy bonito. Imagínese la escena, señorita Grant: una joven amiga de Enríquez muerta de un balazo al corazón; otra joven que al parecer hacía pareja con la primera trabajando ambas más o menos como guardaespaldas de Enríquez, tendida en el suelo sin sentido, con la mandíbula rota. Y el pobre Niceto Enríquez, también tendido en el suelo y con un estilete clavado en el corazón por la espalda. ¿Se la imagina?

—Bastante bien —asintió Melody.

—¿Y no tuvo usted nada que ver con esto?

—Tanto como nada… Fui quien le rompió la mandíbula a una de las chicas y maté a la otra. Pero no a Enríquez.

—Pues si no lo mató usted, ya tenemos un enigma policíaco, ¿no le parece?

—En absoluto. ¿Quiere que le explique lo que pasó desde que yo me alejé del lugar de los hechos?

—Caramba, se lo agradecería muchísimo, porque he estado todo el rato dándole vueltas al asunto, y la única conclusión razonable a

la que podía llegar era que se había hecho allá una buena escabechina… ¿Me permite invitarla a café?

—Desde luego. Es usted muy amable, camarada Utchenko.

—No puedo hacer menos por la persona que va a resolverme tan tremendo enigma. —Utchenko hizo una seña al camarero, que asintió y se dispuso a servirle café a Melody—. Veamos: ¿cómo ocurrieron las cosas?

—Yo quería hablar con Enríquez, lo llevé aparte de la fiesta, y en un momento dado de la conversación él quiso escapar. Yo le retuve. Entonces, aparecieron las dos muchachas. Una de ellas quiso matarme clavándome un estilete por la espalda, así que le disparé al corazón; la otra muchacha intentó lo mismo, pero la esquivé como pude y la golpeé en el rostro, con la intención de conservarla viva para luego interrogarla. Pero ella consiguió herirme, y me encontraba tan mal que no tuve más remedio que marcharme como pude. Enríquez estaba vivo todavía, desde luego.

—Entonces ¿quién lo mató?

—La muchacha de la mandíbula rota. Recuperó el conocimiento, vio que la situación era muy comprometida, y cuando Enríquez, que la había ayudado a recuperarse, le preguntó qué iba a pasar a continuación, ella le clavó el estilete, escondió el otro, y volvió a tenderse en el suelo, a la espera de que alguien los encontrara y, claro está, culparan de todo a la falsa empleada de los estudios de la TVSS.

—Perfecto.

—¿Me cree usted?

—Desde luego.

—Eso sí que es sorprendente.

—En absoluto. A propósito, ¿cómo está ese papanatas de Talbot? Hace días que no lo veo.

—Él está bien —casi rió Melody—. ¿Cómo sabe que trabajo con él?

—Señorita Grant, por favor, no me subestime.

—Por el contrario, siento admiración por usted… ¿Por qué ha dicho eso?

—Porque es evidente que usted pretende hacerme creer que trabaja con Talbot, y que por tanto es británica.

—¿Y usted cree que no soy británica?

El camarero depositó el café ante Melody, que se lo agradeció con una sonrisa. Bebió un sorbo, encogió los hombros, encendió un cigarrillo tras ofrecer otro a Utchenko, y finalmente, insistió:

—¿No cree usted que soy británica?

—Póngase en mi lugar: delatan todo un grupo de colaboradores de la CIA y asesinan a uno de ellos. Toda la CIA desaparece de El Salvador. De pronto, aparece una mujer decidida, al parecer una espléndida muchacha rubia capaz de mantener a raya a un hombre y a dos guardaespaldas armadas de estiletes, y logra escapar, herida, de una comprometida situación. Al día siguiente, repuesta y bien atendida de su herida, tiene la desfachatez de abordar en «El cafetal» al «viejo perro sarnoso» de la KGB, Revaz Utchenko, seguramente, en busca de información… ¿Quién puede ser esa mujer que se interesa por las cosas de la CIA, que tiene amigos en el servicio secreto británico capaz de proporcionarle médicos y medicamentos, y que está intentando saber quién traicionó al grupo de colaboradores de la CIA?

—¿Quién? —sonrió Melody.

—La agente Baby. ¿Más café?

—No, gracias. Camarada Utchenko: Enríquez me dijo que todo este asunto, esa maniobra de delatar el grupo de la CIA y asesinar a Gregorio Azaña, lo ha puesto en marcha los rusos.

—Mentira.

—Pues estamos apañados.

—¿Me cree usted?

—La verdad es que sí. He estado pensando esta noche, y he llegado a la conclusión de que no han podido ser los rusos.

—¿Por qué no? —se sorprendió Utchenko—. Sí que podríamos haber sido nosotros, ¿no le parece?

—Cada vez que un espía hace algo es para ganar algo. Ustedes, la KGB, no tenían nada que ganar matando a Gregorio Azaña y filmando un vídeo con los rostros de los otros cinco colaboradores de la CIA. Y sobre todo, si ustedes hubieran hecho eso mis compañeros de la CIA habrían tomado sus represalias contra los rusos, de un modo u otro. En lugar de eso, han desaparecido todos… No, no han sido ustedes.

—Observo que también usted sabe pensar. Por otra parte, y permítame decirlo sin la menor ironía, ustedes, los yanquis, tienen

muchos otros enemigos aparte de los rusos.

—Ya hace tiempo que dejé de culpar a los rusos de todas las cosas malas que nos pasan a los norteamericanos, camarada Utchenko.

—Eso me ha gustado, así que le voy a prestar un pequeño servicio: ¿le gustaría saber dónde están ahora los cinco hombres del grupo delatado por la TVSS?

—¡Desde luego que sí! —Exclamó Brigitte—. ¿Dónde están?

—En Sierra Madre.

—¿En Sierra Madre? —Melody Grant estaba atónita—. ¿En Sierra Madre? ¿Se refiere usted a esa pequeña cadena montañosa ubicada paralelamente al mar al sur de México?

—Sí.

—Santo cielo… ¿Y qué hacen allí, cómo… cómo han llegado allí, qué esperan solucionar en Sierra Madre cinco fugitivos?

—Pues eso: huir. Permanecer a salvo. Evitar que los asesinen, como hicieron con Gregorio Azaña.

—Ya. ¿Cómo sabe usted que están allí?

—Uno de mis hombres los llevó —sonrió Revaz Utchenko.

—Está bromeando.

—Claro que no. El hombre en cuestión se llama Jacinto Soles. Es lo que nosotros, gente de altos vuelos del espionaje, podríamos llamar un pillastre sinvergüenza, un agente no doble, sino triple y cuádruple si hace falta…

Digamos que Jacinto Soles se gana unos dólares aquí y otros allá prestando pequeños servicios a algunos grupos de espionaje.

—Entiendo. Pero, preferentemente, Jacinto Soles está al servicio de la KGB.

—Digamos que simpatiza más conmigo que con otros espías. No es una cuestión de preferencia por tal o cual servicio secreto, sino preferencia por la persona. Jacinto y yo siempre nos hemos entendido muy bien en lo personal, somos buenos amigos, ¿comprende?

—De manera —sonrió Melody— que utiliza usted su encanto personal.

—¿Usted no lo hace? Y mejor que yo, pues de otro modo haría años que le habrían cortado el pescuezo. Bien, el caso es que tras el asesinato de Gregorio Azaña, Jacinto Soles vino a verme, muy

excitado, y me dijo que los cinco hombres restantes del grupo de la CIA le habían pedido ayuda para escapar de El Salvador…

—O sea, que esos hombres no pidieron ayuda a la CIA, que habría sido lo lógico —frunció el ceño Melody.

—Lo lógico en circunstancias normales, pero ciertamente estaban sucediendo cosas por completo anormales, y la CIA, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció apenas apareció en las pantallas de los televisores la noticia con los rostros de los componentes del grupo.

—O sea, que mis Simones abandonaron el campo dejando en la estacada a sus colaboradores nativos.

—¿Le sorprende a usted? —Alzó las cejas Utchenko.

—La verdad es que no.

—Ah. Bueno, esos cinco muchachos se encontraron delatados y sin la menor ayuda de sus «amos» de la CIA, así que tuvieron que ingeniárselas por su cuenta para escapar de la feroz caza que se había emprendido inmediatamente, así que recurrieron a Jacinto Soles, al cual, claro está, conocían muy bien…, aunque no tan bien que supieran de él que era amigo personal mío. Jacinto fue a verme, y me preguntó qué hacía. «Llévatelos de aquí —le dije—, y déjalos en algún lugar a salvo y diles que esperen nueva ayuda».

—¿Y por qué hizo usted eso? Son colaboradores de la CIA, no de la KGB ¿Por qué lo hizo?

—Básicamente, porque quería maniobrar de modo que si en determinado momento todo se revelaba como una jugada de la CIA acusándonos a los rusos, podría demostrar claramente que la acusación era falsa, puesto que no sólo había ayudado a escapar a su grupo, sino que los tenía a salvo y bien atendidos.

—Ya entiendo. ¿Lo hizo por alguna otra razón?

—Sí: tenía la esperanza de que usted aparecería por aquí, y claro está, nuestro común amigo Spencer Talbot le hablaría de mí y usted se las arreglaría para hacer contacto, de un modo u otro.

—Ese contacto, camarada Utchenko, podría haber sido meterle unas cuantas balas en la cabeza.

—¿Sin dialogar antes? —Se pasmó Utchenko—. ¿Sin darme ninguna oportunidad de defenderme, de explicarme, de ayudarla, de cambiar impresiones…? Eso no lo haría ni el espía más cretino del mundo, así que imagínese si semejante barbaridad iba a

cometerla la agente Baby. ¡Era del todo impensable! ¿Y sabe una cosa, señorita Grant? Tenía la certeza de que resultaría encantador conversar con usted.

—¿Le he decepcionado? —rió Melody.

—No, no, en absoluto, ¡caramba, ni muchísimo menos! Hay mucha gente que cree tener talento y se pasa la vida haciendo comedia para que los demás se den cuenta de lo listo que es. Luego, hay la otra gente, la que pertenece al grupo de los bobos, que se pasa la vida haciendo y diciendo tonterías. Hace mucho tiempo que yo me encuentro entre ambos grupos, padeciendo la tortura de soportar a unos y a otros. ¡Por la Madrecita Rusia, me decía a mí mismo, ¿será posible que muera sin haber conversado antes con alguien inteligente que no se pase el tiempo queriendo demostrarme lo muy inteligente que es?! Pues bien, ahora ya puedo morirme tranquilo. ¿De verdad no quiere más café?

—¿Me aceptaría usted una copa de champán, camarada Utchenko?

—¿Ahora? —Respingó el ruso.

—Siempre es mejor hora para beber champán que para beber café.

—¿Y eso por qué?

—Porque es más digestivo y simpático el champán que el café.

—Usted sería capaz de convencerme para que me nacionalizara yanqui, ¿no es así?

—Ni lo intentaría —rió Melody—, pero sí voy a hacerle un pequeño favor, Revaz: deje de tomar café. Veo en sus ojos una considerable gravedad hepática. De verdad.

—¿También tiene usted conocimientos de iridología?

—Un poco. El champán le alegrará más que el café, y le perjudicará menos.

—Pensaré en ello —Revaz Utchenko tomó una servilleta de papel, y escribió en ella rápidamente con un bolígrafo; empujó la servilleta hacia la espía americana—. Jacinto Soles está en esta dirección de Tonalá, una pequeña localidad mexicana al pie de Sierra Madre. Aunque sé sobradamente que usted no necesita mis recomendaciones, dígale que va de parte mía: él está esperando a ver qué hacemos con esos cinco hombres que tiene escondidos.

Melody leyó lo escrito en la servilleta, y luego le prendió fuego,

ante la divertida mirada del veterano espía ruso.

—Le debo una botella de champán.

—Por lo menos —asintió el rus—. Pero quedaremos en paz si usted cumple este trato: cuando todo haya terminado, dígame qué demonios ha pasado, qué ha significado todo este estúpido embrollo. Esto de recibir información procedente de la agente Baby de la CIA me daría mucho prestigio dentro de la KGB, ¿comprende? Incluso podrían retirarme de una maldita vez de este podrido agujero del mundo y darme un despacho con calefacción en determinado edificio de Moscú, lo cual es mi sueño dorado de la vejez.

—¿Y no preferiría retirarse a descansar? ¿Escuchar música, pintar, escribir, leer, viajar…?

—No. Estoy harto de viajar, pero no me siento cansado. Puedo perfectamente escuchar música, pintar y todo lo demás sin dejar de ser un espía en activo, aunque sea tras un escritorio.

—Le enviaré un informe completo —Melody tendió la man—. Hasta la vista, Revaz.

—Ojalá sea pronto —estrechó la mano el rus—. Ah, otra cosa: si ha tenido la idea de acercarse a la muchacha que está en el hospital, tenga mucho cuidado. Ya sabe a qué muchacha me refiero, ¿no? a la que le rompió la mandíbula, es decir, la que según usted asesinó a Enríquez cuando las cosas se pusieron mal.

—Ya veo que a usted no se le escapa nada… Sí, tenía pensado intentar un acercamiento, porque me gustaría preguntarle para quién trabaja. Quiero decir que no creo que fuese Niceto Enríquez quien las contratara como guardaespaldas, sino que alguien se las proporcionó. Le dijeron que esos dos encantos estarían siempre cerca de él, y él acepté. Lo que me gustaría saber de Enríquez es por qué me dijo que el material se lo habían proporcionado los rusos.

—A mí también me gustaría saber eso. Permítame insistir: tenga mucho cuidado si se acerca al hospital en busca de Carmela Higueras.

—Ah, ¿se llama así la chica sobreviviente del estilete? Pues muy bien. Pero dígame: ¿por qué debo tener cuidado? ¿Por la policía?

Revaz Utchenko hizo un gesto de desdén.

—La policía no pinta ni corta nada en esto. En todo caso, no será sólo la policía quien vigilará a esa muchacha. Usted ya habrá

comprendido que tengo por allá a uno de mis hombres, el cual me ha informado de que un par de asesinos andan rondando el hospital.

—¿Un par de asesinos?

—Usted ya me entiende: gente de esa que asesina incluso a su madre si les pagan bien. En mi opinión están buscando el modo de llegar hasta Carmela Higueras y eliminarla. Pero si se han de cargar a alguien más lo harán sin que eso les quite el sueño. Y ni siquiera aumentarán su tarifa de contrato.

—Es usted todo un depósito de noticias y conocimientos, Revaz.

—Ése es mi trabajo.

Melody Grant asintió, palmeó afectuosamente una mano del ruso, y abandonó El Cafetal. Rodeó la manzana, llegó junto a su coche…, y se quedó mirando sonriente al hombre que, apoyado en la pared, no muy lejos, simulaba leer el periódico. Se acerco a él, le bajó el periódico, y sonrió al ver la alarmada expresión en sus ojos.

—Si le pregunta al camarada Utchenko —habló en ruso—, él le dirá que no es necesario que me vigile: ya hemos llegado a un buen entendimiento. Gracias por cuidar de mi coche.

Se metió en el Chevrolet, riendo, y se alejó.

Pero la risa le duró poco. Efectivamente, había pensado visitar de alguna manera a la muchacha llamada Carmela Higueras, pero luego, considerando no los riesgos, sino las complicaciones que ello podía ocasionarle con la policía del país, pensó en desistir. Mas ahora la cosa cambiaba, y mucho, porque si había dos asesinos profesionales rondando el hospital era que alguien los había enviado. Y esto sí le interesaba a ella: saber quién había enviado a los dos asesinos.

¿Y quién mejor que los dos asesines para contestar la pregunta?

Capítulo IV

Carmela Higueras estaba en la cama de la habitación en la cual la habían instalado para atenderla debidamente, cuando se produjo la explosión, que llegó amortiguada pero perfectamente audible hasta allí.

Con Carmela había dos hombres de la policía, de paisano, que alzaron vivamente la cabeza, se miraron, y enseguida uno de ellos exclamó:

—¿Qué ha sido eso?

—Voy a ver… Tú quédate aquí.

—Yo diría que ha sido una bomba…, y desde luego dentro del edificio del hospital. Ten cuidado.

El otro asintió, y se dirigió hacia la puerta. Desde la cama, Carmela Higueras lo miraba tensa y en cierto modo disgustada. Los dos hombres habían recibido órdenes de vigilarla, y aunque esto, en cierto modo, claro está, la perjudicaba, pues implicaba que no podía escapar, por otra parte le proporcionaba una seguridad de supervivencia.

Una seguridad que a Carmela no le parecía demasiado segura, porque cada vez que recordaba a la muchacha rubia de la noche anterior sentía como un dedo de hielo hurgando en sus entrañas. Ella entendía de estas cosas…

Hacía tiempo que se dedicaba a este trabajo, que lo mismo consistía en proteger a una persona que en eliminar a cualquiera, y sabía muy bien cuándo se topaba con alguien de cuidado, con alguien mucho más preparada que ella y su extinta compañera Adoración de los Reyes.

Por ejemplo, la rubia de la noche anterior. Recordaba perfectamente no sólo el magistral modo en que se había zafado del ataque de Adoración y luego del suyo, sino, sobre todo, su modo de matar a Adoración. Un modo que ni siquiera era lo que suele

llamarse frío, sino… utilitario.

Sí, utilitario. Simplemente, la rubia, en un instante, había decidido matar a Adoración, y le había metido una bala en el corazón. Luego, si en lugar de matarla a ella había optado por romperle la cara, bien seguro que había sido con un propósito determinado, y ese propósito sólo podía ser llevársela viva a alguna parte para…

La puerta de la habitación se abrió, y tanto Carmela como el policía que se había quedado miraron hacia allí, ambos con la mente condicionada a la idea de que era el otro policía, que regresaba.

Pero no.

No era el otro policía. Era un hombre alto, de hirsutas cejas rubias que parecían adornar la parte alta de la montura de sus gafas de cristales oscuros.

Vestía un mono blanco, como los de los auxiliares del hospital, pero en su mano derecha sostenía una pistola con silenciador.

El policía lanzó una exclamación, se puso en pie de un salto, y su mano derecha fue velozmente en busca de su pistola.

Plop, plop, disparó el recién llegado personaje.

El policía brincó, giró, cayó de bruces sobre la silla, derribándola, y rodó por el suelo, con las dos balas hundidas en su ya inmóvil corazón.

—No —jadeó Carmel—. ¡A mí, no, no diré nada…!

El asesino la miró, sonrió, y la apuntó a la cabeza. Carmela estaba paralizada por el miedo. Ni siquiera pensó en las veces que ella había asesinado desoyendo las suplicas de sus víctimas, ni se le ocurrió pensar en que estaba perdiendo el tiempo suplicando. Esta vez se trataba de su vida, y ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de conservarla…

Plop.

El oscuro agujero apareció en la frente de Carmela Higueras, cuya cabeza dio una fuerte sacudida contra la almohada. Por el pequeño agujero apareció una enorme gota de sangre oscura, como quemada. Los ojos de Carmela estaban ya completamente inmóviles, desorbitados, aterrados. La bala, que había atravesado su cabeza abriendo en la parte posterior un horrendo boquete, quedó hundida en la almohada, que inmediatamente comenzó a

mancharse de sangre.

El hombre escondió la pistola bajo sus ropas y abandonó la habitación.

* * *

Apostada frente a la entrada principal del hospital, Melody Grant vio salir al hombre alto y de cejas hirsutas, pero sólo le prestó atención un instante, porque todo su interés estaba concentrado en la observación de lo que sucedía en el hospital, al cual había llegado la policía y dos coches de bomberos, cuyo personal corría hacia la parte de atrás, que era donde se había producido la explosión. Por supuesto, había mucha gente allí, y el consiguiente caos. Todo el mundo hablaba, gesticulaba, gritaba…, todo el mundo menos el sujeto de las cejas hirsutas que, muy calmosamente, como si nada estuviera sucediendo, se alejaba del hospital.

Melody Grant partió en pos de él, a pie, manteniendo la distancia y la compostura, es decir, disimulando perfectamente que estaba siguiéndolo.

El hombre recorrió tres calles antes de detenerse junto a un coche estacionado. Miró a derecha e izquierda y se metió en el coche, a cuyo volante la espía pudo divisar perfectamente otro hombre. El coche se puso en movimiento. Melody miró la matrícula, se dedicó a contemplar un escaparate mientras el coche pasaba por la calzada a espaldas de ella, y enseguida, en cuanto el coche le dio la espalda, corrió hacia donde había dejado su Chevrolet alquilado, entró en él, y partió.

Ni siquiera medio minuto más tarde suspiraba satisfecha al divisar, detenido ante un semáforo, el coche de los dos asesinos que le había mencionado Revaz Utchenko. Y estaba segura de que eran ellos, de que no se equivocaba. En realidad, la explosión había sido reveladora para ella, y era una lástima que hubiera llegado prácticamente en el momento de producirse. Era la vieja táctica de la distracción: se provocaba un conflicto en un lugar no demasiado alejado de donde hubiera policías, éstos corrían a ver qué ocurría…, y descuidaban el objeto o zona de su vigilancia.

Melody estaba tan segura de que Carmela Higueras había sido eliminada al poco de producirse la explosión, que ni se le ocurrió

entrar en el hospital para asegurarse. El asesino que se había encargado de ella había colocado primero la pequeña carga explosiva, luego se había acercado a la habitación de Carmela, había hecho explotar la carga por medio de un mando a distancia…

—Descansa en paz, Carmela —dijo en voz alta Melody, mientras el semáforo cambiaba el rojo por el verde—. Aunque no debería decir eso, amiguita, pues los asesinos no merecéis descansar en paz. Digamos, pues, que te deseo una desagradable estancia en el infierno.

El coche de los dos asesinos seguía su camino.

Muy bien, el asunto no podía ser más clásico, en aquella parte, al menos: «alguien» había contratado a las dos muchachas guardaespaldas para que protegieran a Niceto Enríquez, pero si las cosas se ponían comprometedoras debían eliminarlo, que fue lo que tuvieron que hacer. Pero a continuación había sido la chica superviviente la que se había convertido en un compromiso para sus jefes, así que éstos habían recurrido a otros dos asesinos para que eliminaran a la chica asesina superviviente.

Melody sintió un escalofrío.

¿Qué estaba ocurriendo, con qué clase de gente estaba tratando…? Desde luego, una cosa era cierta: no se trataba de cuatro desgraciados que estuvieran tramando alguna pequeña tontería, nada de eso. Habían denunciado todo un grupo de colaboradores de la CIA, asesinando a uno de ellos y dando lugar a que la CIA en peso abandonara El Salvador. Y ahora estaban manejando asesinas y asesinos como un niño maneja sus lápices de colores…

El coche de los dos asesinos volvió a detenerse ante un semáforo en rojo. Melody pensó que se disponían a salir de la ciudad. Y fuera de la ciudad ya sería más comprometido seguirlos, porque en campo abierto…

La portezuela derecha de atrás de su coche se abrió, y un hombre entró rápidamente, ocupando el asiento y diciendo:

—Si hace un solo gesto le vuelo la cabeza.

Melody permaneció inmóvil, como si nada estuviera ocurriendo…, pero maldiciéndose a sí misma por su distracción: había estado tan concentrada en el seguimiento de los dos asesinos que había descuidado su entorno. Movió los ojos en dirección al

espejo retrovisor, y vio al hombre que había asaltado su coche.

—Siga con lo que estaba haciendo —dijo él.

—No comprendo.

—Siga al coche que estaba siguiendo.

—Escuche, yo no…

—Déjese de estupideces, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien. ¿Quién es usted?

—Melody Grant, turista norteamericana.

—Turista norteamericana —dijo, el hombre, con evidente guas —. Pues le deseamos una feliz diversión en El Salvador, señorita Grant. Vamos, siga detrás del otro coche. Y se lo he dicho en serio: si hace menor gesto que me parezca preocupante le volaré la cabeza.

—Estoy segura de que lo haría.

—¿Tiene algún documento de identificación?

—Mí pasaporte, dentro del maletín.

—¿Qué maletín?

—Está en el asiento de mi derecha.

—Luego le echaremos un vistazo.

—¿Y usted quién es? —inquirió Melody.

—¿Yo? Boris Karloff.

Ella le dirigió una fría mirada por el espejo retrovisor, y luego, por el mismo procedimiento miró más atrás. La seguía un coche, que al parecer sólo contenía un ocupante, es decir, que ella había seguido a los dos asesinos y a ella la habían seguido otros dos hombres, uno de los cuales, aprovechando la parada ante el semáforo, se había apoderado de la dirección del asunto. Muy bien: ¿quiénes eran los nuevos participantes en el viejo juego del espionaje? El sujeto que llevaba detrás hablaba español, pero no era Centroamericano, era norteamericano. Seguro, era norteamericano…

Melody tuvo un instante de inspiración, y preguntó:

—¿No será usted de la CIA?

—Muy graciosa.

—Ya veo que no. Pero tampoco es ruso. Mire, lo de Boris Karloff es una broma simpática, pero usted no es ruso. Sin embargo, puede que sí sea un agente secreto, o una persona dedicada a estas cosas y

que trabaja para el mejor postor… ¿Querría hacer un trato?

—¿Qué clase de trato?

—Diga una cifra, yo se la pago, y a cambio me explica este cuento.

—¿Diez millones de dólares? —rió el desconocido.

—De acuerdo.

—¿Cien millones?

—Muy bien.

—¿Me está tomando el pelo?

—Claro que no. Puedo perfectamente disponer de esa cantidad donde quiera y cuando quiera. Y si usted…

—Cállese de una maldita vez y esté atenta a lo que hace. Mantenga la boca cerrada, ¿me entiende?

Melody asintió, y se dedicó a conducir. Seguro que era norteamericano. Lo cual, ciertamente, no significaba nada especial. Los otros dos, no, los dos que iban en el otro coche no eran norteamericanos… Alemanes, o quizás holandeses.

El coche con los dos asesinos, en efecto, abandonaba la ciudad poco después, emprendiendo un tranquilo viaje por carretera. El día era espléndido, soleado, un clásico día del invierno centroamericano. Melody divisó de pronto algunas gaviotas, y sonrió. Bueno, ya sabía que iban en dirección a la costa sur del país, pero la visión de las gaviotas le encantó…

—¿De qué cojones se ríe usted? —masculló el indeseado acompañante.

—Es que me gusta el mar. ¡Me encanta el mar!

—Cierre la boca.

—Ciérrela usted, que es quien me ha preguntado.

El hombre soltó un gruñido. El coche de los asesinos había enfilado un camino de tierra. Melody siempre detrás. Pocos minutos más tarde, el primer coche se detenía ante una pequeña construcción que parecía una granja. Detrás del primer coche, el de Melody, y detrás el que conducía el hombre solo.

—Salga del coche.

Melody obedeció. Los asesinos y el hombre del otro coche se acercaron. El que se había metido en el coche de Melody se apeó con el maletín de la espía en una mano.

—¿Quién es? —preguntó el de las cejas hirsutas.

—Pronto lo sabremos —dijo Boris Karloff—. Entremos en la casa.

Entraron todos. Había polvo y suciedad en abundancia dentro de la modesta construcción con la cocina a la vista, frente a la entrada. Melody se sentó en una silla a una indicación de Karloff. Los dos asesinos del hospital contemplaban a Melody con manifiesta hostilidad. Boris Karloff limpió con un trapo la superficie de la mesa que había cerca del fregadero, colocó encima el maletín de Melody, y lo abrió. Estuvo unos segundos inmóvil, mirándolo todo lentamente, sin tocarlo. Luego, removió un poco el contenido, y terminó por coger el pasaporte, que abrió. Se quedó mirando la fotografía que contenía el pasaporte, y que por supuesto correspondía a la Melody Grant que él estaba viendo en carne y hueso, pues era la personalidad que Brigitte había preparado para moverse por El Salvador tras llegar aquí normalmente como Brigitte Montfort.

—¿Hay algo interesante? —Se acercó el otro a mirar el contenido del maletín.

Boris Karloff no contestó. Miró a Melody. Luego, comenzó a hablar con su compañero en voz muy baja, en cuchicheos tan bien controlados que ni siquiera el finísimo oído de Brigitte pudo captar una sola palabra, porque, además, los dos hombres, de costado uno con respecto al otro, le daban la espalda a ella.

La conferencia de cuchicheos terminó. Karloff dejó el pasaporte, y se volvió hacia los dos silenciosos y expectantes asesinos.

—Ved si lleva algún arma —indicó—. Con cuidado.

Por supuesto, encontraron la pistolita de cachas de madreperla, que Brigitte llevaba entonces sujeta al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo de color carne. La espía no había rechistado ni siquiera cuando los dos asesinos, riendo asquerosamente, le manosearon los pechos con el pretexto de cachearla.

—No lleva nada más —dijo uno de ellos al terminar— seguro.

El compañero de Karloff estaba examinando con curiosidad la pistolita de cachas de madreperla. Sonriendo como divertido al hacer una broma, apuntó a la frente a uno de los asesinos rubios, y el hombre sonrió a su vez.

Plof, disparó el compañero de Boris Karloff, metiendo la balita en el cerebro del asesino. El otro asesino respingó fuertemente, se

desconcertó un instante, y enseguida quiso sacar su pistola. Plof, le disparó Boris Karloff con su pistola provista de silenciador, metiéndole la bala en el corazón. El hombre de las cejas hirsutas emitió una especie de bufido y saltó hacia atrás como si acabara de recibir la doble coz de una nula, cayó de espaldas, y no se movió, tan muerto como si llevara así veinte siglos. El otro seguía de pie, como pasmado, con el diminuto agujero en la frente destilando un delgadísimo hilo de sangre. El compañero de Boris Karloff se acercó a él, y con la punta de la pistola de Melody le empujó por la frente. El hombre se fue de espaldas al suelo, como un poste.

—Interesante asunto —comentó con tremenda indiferencia Melody Grant.

—Venga aquí —dijo el compañero del Boris Karloff.

Melody se puso en pie, y obedeció, y Karloff también se acercó a ellos, y, en verdad de modo imprevisto, alzó la pistola y golpeó a Melody con el silenciador en la parte posterior de la cabeza. Fue un golpe perfecto, impecable: Melody Grant tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba, pero fue una explosión brevísima, tras la cual, súbitamente, llegó la oscuridad más completa.

* * *

La despertó el canto de los pájaros.

O quizá fue que, simplemente, despertó, y enseguida oyó el canto de los pájaros. No se oía ninguna otra cosa. Había una ventana en la cual parecía concentrarse todo el sol del mundo, y por la cual entraba el canto de los pájaros.

Melody estaba atada de pies y manos en un viejo lecho, formando una gran equis. Estaba prácticamente desnuda, pues sólo quedaban sobre su cuerpo algunos jirones de ropa. Le dolía la cabeza. Y también el bajo vientre… Tuvo la revelación súbita y dolorosa de que había sido violada, y no una vez, desde luego. Estaba claro que aquellos dos miserables habían abusado de su cuerpo mientras permanecía inconsciente y seguramente, además, ya atada a la cama con cabezal y pies de hierro oxidado por el abandono. Tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar de un momento a otro.

Por un instante, pensó que estaba dormida, que todo era una pesadilla. Pero no. Todo era real. La habían golpeado, la habían amarrado a la cama, y los dos sujetos la habían violado. Sintió aquella inevitable sensación de odio furibundo que la acometía cuando la violaban. No era un trauma, como el que experimentaban mujeres normales cuando eran asaltadas y violadas. Esa clase de trauma lo había superado ya Brigitte Montfort, que había padecido la violación varias veces. No, no era trauma, era pura y simplemente odio hacia la clase de personas que abusan del cuerpo de otras. Cada día le resultaba más y más intolerable esta realidad del canallismo humano.

El silencio era ahora total, pues los pájaros se habían ido a cantar a otro sitio.

Era un silencio de soledad absoluta.

Comenzó a intentar soltarse, y concibió una inmediata esperanza de lograrlo cuando con el primer tirón de su muñeca izquierda tuvo la sensación de cuerdas insuficientemente apretadas. La habían amarrado muy bien, ésa era la verdad, pero quizá no todo lo bien que les habría convenido… Diez minutos más tarde, casi sangrando su muñeca izquierda, y empapado de sudor todo su cuerpo, Melody Grant conseguía soltarse la mano izquierda.

Rápidamente, procedió a desanudar las cuerdas que sujetaban su mano derecha, y luego se desató a toda prisa los pies.

Cuando se puso en pie junto a la cama se tambaleó. Le dolía todavía la cabeza, y se sentía mareada por el esfuerzo y el calor. Aguzó el oído, que sólo percibió aquel silencio inaudito de belleza incomparable. Procedió a desprenderse de los jirones de ropa… La habían visto desnuda, es decir, que por fuerza se habían dado cuenta de que era más joven y mucho más hermosa de lo que Melody Grant aparecía estando vestida… Cuando pasó a la pieza que era recibidor-comedor-cocina, vio la peluca rubia en el suelo. O sea, que ahora era rubia teñida… Se dio cuenta de que también le habían quitado las lentillas de contacto que daban a sus ojos la tonalidad marrón. Es decir, que sabían que tenía los ojos azules.

Metió la cabeza bajo el grifo de la cocina. El agua que cayó sobre ella era caliente, de depósito todo el día expuesto al sol en el tejado de la casa, pero la alivió bastante.

Por supuesto, aquella gente iba a volver. No estaban ahora en

las cercanías, eso era seguro, pero iban a volver, pues de otro modo no la habrían dejado viva y atada, se habrían limitado a matarla, y asunto terminado. Iban a volver, pero además seguramente con más gente.

Salió de la casa, desnuda, y vio el coche en el que había viajado tras ella el compañero de Boris Karloff. El Chevrolet que ella había alquilado, y el coche de los dos asesinos rubios habían desaparecido. Tampoco estaban a la vista en parte alguna los cadáveres de los dos asesinos del hospital.

«Fui una estúpida al impedirle al ruso que me siguiera —comprendió la espía norteamericana—. Si se lo hubiera permitido, ahora Utchenko sabría lo ocurrido, y posiblemente me ayudaría. Pero no. Estoy sola, eso es todo».

O sea, que Boris Karloff y su compañero se habían alejado de allí conduciendo cada uno un coche, que dejarían en lugares que les parecerían convenientes. Luego, regresarían, con otro coche, y seguramente más personal que querría violarla y, desde luego, descuartizarla si no contestaba a sus preguntas. O sea, que habían ido a buscar al «especialista».

Bueno, sólo tenía que subir al coche de aquella gente y escapar de allí.

Pero la cosa le pareció impropia de ella: le habían quitado su pistola, su maletín, y la habían golpeado y violado.

—Maldita sea —jadeó la espía más peligrosa del mundo—. ¡Nadie me hace a mí todo esto sin arrepentirse amargamente muy pronto! Me voy a quedar, y ya encontraré el modo de daros un escarmiento.

Pero la inteligencia se sobrepuso muy pronto a la ira y al deseo de venganza, porque eran demasiadas cosas en su contra. Primero, las llaves del coche de Boris Karloff y su compañero no estaban puestas, de modo que no le iba a ser fácil marcharse de allí, aunque encontró una vieja camisa, pantalones masculinos y aún más viejos, y unas alpargatas dentro de un polvoriento armario. Segundo, no disponía de armas, ni de pasaporte, ni de dinero… Tercero, aquella gente no podía tardar en regresar, y si ella no se hallaba entonces muy lejos era seguro que la volverían a cazar, yendo ella a pie y ellos disponiendo de por lo menos dos vehículos: el que habían dejado allí y el que utilizarían para regresar…

Podía hacer la conexión de los cables del encendido del coche, y marchar con él; era una solución a la que podía recurrir con los ojos cerrados. Pero si escapaba con el coche, y aquellos sujetos la perseguían, siempre la tendrían más a su alcance que si escapaba campo a través, pues de este modo nunca podrían saber hacia dónde había ido y dónde estaba, y en cambio un coche tiene que circular forzosamente por carretera… ¿Y dónde podía ir? ¿Al Hotel Cervantes? Claro que no, pues había perdido la peluca, las lentillas de contacto de color marrón, las ropas de la madura Melody Grant, no tenía pasaporte ni dinero…

—Me las pagaréis —dijo en voz alta y fría Brigitte Montfort.

Capítulo V

Revaz Utchenko detuvo el coche, se apeó, y caminó parsimoniosamente hacia el banco ubicado en un rincón de la pequeña plaza en el cual estaba sentado alguien que parecía pura y simplemente un pordiosero adormilado. El ruso movió la cabeza, sonrió, y se sentó a su lado.

—Tal vez me equivoque —dijo—, pero juraría que es usted.

El pordiosero alzó la cabeza, y su rostro quedó parcialmente visible bajo las alas del viejo sombrero de paja. Desde uno de los faroles llegaba una luz que era más tenebrosa que otra cosa. Unos cuantos hombres de no demasiado buen aspecto contemplaban al ruso con mucho más interés del que habían dedicado a quien habían creído que era un desheredado más de la fortuna preparándose para pasar la noche allí mismo.

—Soy yo, en efecto —dijo el pordiosero—. Y necesito ayuda.

—Siempre he dicho que la vida es por completo imprevisible. Claro, por eso la vida es la vida. ¿Quiere que se lo explique?

—De acuerdo.

—¿Sabe usted qué es la Vida? Pues es una casualidad. Digamos que se inició de modo imprevisible y con materiales imprevisibles…

—¿Quiere decir que no fue Dios quien creó el mundo en siete días?

Revaz Utchenko no pudo contener una carcajada.

—Yo ya sabía que una espía que durante tanto tiempo ha sobrevivido a nuestra profesión tenía que ser una persona poco corriente, y evidentemente, estaba en lo cierto. Fíjese si es usted poco corriente que necesita ayuda en San Salvador y me deja un recado telefónico en El Cafetal en lugar de recurrir a sus amigos británicos… ¿Por qué?

—Porque he pasado por determinadas circunstancias que me hacen temer que mis amigos previsibles podrían verse en

dificultades si me ayudaran… Incluso es posible que estén vigilados, después de que yo logré escapar.

—Escapar… ¿de qué?

—Usted sabe perfectamente que nadie gana siempre todas las batallas.

—Desde luego. Del mismo modo que sé que lo que importa no es ganar tal o cual batalla, sino la guerra.

—Eso lo dijo Napoleón Bonaparte.

—¿De veras? Pues al parecer Napoleón y yo tenemos los mismos puntos de vista. Bueno, es evidente que se halla usted en momentos de apuro, y eso la humaniza un poco. Y a propósito de humanos y Humanidad: como le iba diciendo, la vida fue una casualidad de lo más imprevisible, pero aquí la tenemos, existe, ¿no es cierto? Y puesto que somos algo tan imprevisible como seres componentes de la vida…, ¿a qué extrañarnos de que en la vida se produzcan situaciones tan chocantes como esta de que la agente Baby solicite la ayuda de la KGB?

—No he solicitado la ayuda de la KGB, sino la de Revaz Utchenko.

—No hace ni doce horas usted y yo ni siquiera nos conocíamos.

—Pero ahora nos conocemos, ¿no está de acuerdo?

El ruso se quedó mirando fijamente los ojos que ahora no eran oscuros, pero cuyo color auténtico no podía definir muy bien debido a la penumbra del lugar. La noche era cálida.

—Dígame en qué puedo ayudarla —murmuró por fin.

—Necesito armas, dinero, y un medio de transporte que me permita trasladarme cuanto antes a Tonalá, esa localidad al pie de la Sierra Madre del sur de México.

Revaz Utchenko permaneció pensativo durante casi un minuto, tiempo que en ocasiones puede parecer un siglo. Por fin, dijo:

—Le proporcionaré todo lo que necesita, pero con una condición: que no le diga a nadie que yo la ayudé. Si esto se llegara a saber en Moscú mucho me temo que mis sueños del despachito con calefacción se convertirían en humo.

—Podría conseguir el mayor prestigio del mundo metiéndome una bala en la cabeza y llevándome luego a Moscú.

—Nunca me gusta hacer cosas que no merecieran mi propio respeto.

—A mí tampoco…, pero a veces no he tenido más remedio que hacerlas.

—Yo también —sonrió el viejo perro sarnoso—, pero no será así en esta ocasión. Vamos al coche: tenemos que viajar a la costa.

* * *

Desde la casita en la ladera del monte en aquella parte de Tonalá, Jacinto Soles veía el mar, que resplandecía cegador al sol del mediodía Y veía también toda la falda de la colina, salpicada de pequeñas casas como la suya y algunas incluso peores. No era un sitio agradable, pero tampoco se estaba mal, y al menos estaba descansando. Y obedeciendo a Utchenko, que le había dicho:

«Ve a esta dirección, que será tu base, después de poner a salvo a los de la CIA. Y no te muevas de allí hasta que te avise yo personalmente o llegue alguien que te diga la palabra “Pravda”. A esa persona, sea quien sea, obedécela como si fuese yo mismo».

«¿Y los yanquis?».

«Los yanquis han desalojado la ciudad, y tardarán un tiempo en recurrir de nuevo a tus relativos y hasta problemáticos servicios. Recuerda: no te muevas de ese lugar hasta que yo te avise».

Y allí estaba, dándose buena vida y tomando el sol, y viendo el mar como a vuelo de pájaro. Y por si fuera poco, en aquellos momentos estaba viendo a una mujer que no debía de ser realidad, debía de ser un sueño, un maravilloso sueño producido por el calor del sol, que le había cocido los sesos…

—¿Jacinto Soles? —preguntó la mujer, tras detenerse frente a la casita, a unos seis metros de Jacinto.

Era hermosa como la vida misma, tenía los ojos azules, la piel dorada por el sol, y vestía unas livianas ropas sueltas que le recordaban a Jacinto esas chicas modelos que salen en los anuncios norteamericanos de la televisión. Un encanto. Para morirse del gusto, vamos.

—¿Por quién pregunta? —inquirió a su vez Jacinto, también en español.

—«Pravda» —dijo ella entonces.

Jacinto se sorprendió, pero no demasiado, a fin de cuentas, pues llevaba mucho tiempo el aquel tinglado. De todos modos, caray,

vaya unas amiguitas que tenía Utchenko, vaya… Claro, entonces, si era amiga de Utchenko debía de ser rusa, así que era bien extraño que se pareciera a las bellas chicas yanquis de los anuncios.

—¿Quiere un refresco? —ofreció Jacinto—. Hace mucho calor, ¿eh?

—No quiero un refresco —movió ella la cabeza—. Quiero que me lleve a donde están los hombres del grupo de la CIA, con Teófilo Paván al frente. ¿Lo ha entendido bien?

—Tengo una vieja motocicleta en el cobertizo —señaló Soles—, pero no llegaremos allá hasta el anochecer, por esos caminos. ¿No preferiría que saliéramos mañana al amanecer?

—No.

—Hará mucho menos calor, el viaje será más agradable…

—Vamos a ir ahora —dijo ella, suavemente.

Jacinto se quedó mirándola con más atención. Llevaba una especie de macuto en bandolera, y ofrecía un aspecto de sana y hermosa fuerza que no era en absoluto corriente. Desde luego, no era una modelo de esas que anuncian jabones y perfumes.

Era una espía, claro.

Y una espía de una dureza interior que convenció a Jacinto de que era mucho mejor enfrentarse al calor que a la hermosa morena de ojos azules.

* * *

Jacinto detuvo la motocicleta frente a la vieja cabaña de pastoreo ubicada en aquella ladera cara al mar, que suavizaba la temperatura durante el día y la convertía casi en agradable por la noche. El lugar no podía ser más desierto e inhóspito, y la existencia de la pequeña cabaña era casi un milagro. Jacinto paró el motor, y su acompañante se apeó del sillín trasero.

—Están escondidos —dijo Jacinto, colocando el soporte de la motocicleta—… Durante el día están por ahí, vigilando por si viene alguien, y de noche, si refresca demasiado, vienen a dormir aquí. Pero han oído la motocicleta, y se han escondido.

—¿No saben que es usted?

—Deben de saber que soy yo, pero no se fían de nada.

—Y hacen bien.

Jacinto Soles emitió unos silbidos. Luego fue hacia la cabaña, empujó la puerta, y entró. Encendió un quinqué. Brigitte Montfort entró, mirando hoscamente el reducido y áspero lugar. Había algunas mantas, y en un rincón unas bolsas que parecían contener víveres, así como grandes botellas de plástico que, evidentemente, contenían agua. Si alguien quería enterarse de lo que era vivir mal y duramente sólo tenía que alojarse unos cuantos días en aquel lugar. Brigitte apretó una vez más los labios.

Afuera se oyeron unos silbidos, bastante cerca. Jacinto maniobró con la luz del quinqué, subiendo y bajando su intensidad. Ni siquiera había transcurrido un minuto cuando entró el primer hombre en la cabaña, empuñando una pistola, con la que apuntó a Brigitte. Ésta identificó enseguida al sujeto: era Lucas Otero, uno de los cinco fugitivos que tan claramente había visto en el vídeo televisivo.

—¿Quién es ella? —susurró Otero.

—Soy la agente Baby —dijo ésta—, y he venido para hacerme cargo de ustedes y trasladarlos a un lugar seguro y confortable. Llame a los demás.

Jacinto había respingado fuertemente, y se había atragantado. Ahora miraba atónito a Brigitte. Lucas Otero parecía haber recibido un mazazo en plena cabeza.

—No puede ser —murmuró por fin.

—¿Por qué no? —preguntó Brigitte.

—Sólo somos unos malditos tontos que debieron de hacer algo muy mal y por culpa de eso lo arruinamos todo en El Salvador… ¿Por qué habría de molestarse por nosotros nada menos que la agente Baby?

—Quiero verlos a todos reunidos aquí antes de un minuto —se limitó a ordenar la espía.

Lucas Otero salió de la choza. Antes de un minuto, en efecto, él y otros cinco hombres habían entrado, y se hallaban todos ante la espía norteamericana, que los contemplaba críticamente. Estaban delgados y muy quemados por el sol. Se les veía tensos. Pura y simplemente, estaban asustados, como conejos metidos en un agujero al que saben que tarde o temprano pueden llegar los cazadores y sus perros. Teófilo Paván murmuró:

—¿Cómo piensa usted sacarnos de aquí?

—En un yate —sonrió de pronto Brigitte—. Pero está claro qua el yate no va a venir a las montañas a por ustedes, sino que ustedes tendrán que llegar, por sus propios medios, y por separado, al lugar que les voy a indicar. No lleguen antes de veinticuatro horas, que es el tiempo que voy a necesitar para hacer unos contactos que me proporcionarán el yate. Cuando lleguen al lugar que les señalaré en un mapa, no esperen nada, sino que naden directamente hacia el yate que verán anclado a unos cien metros de la costa. Uno por uno, sin prisas y sin pausas. El último no debe llegar más tarde de las cinco de la próxima madrugaba, es decir, antes de que salga el sol. ¿Me han entendido bien?

El silencio no podía ser más afirmativo. Brigitte asintió, repartió cigarrillos, y luego entregó un mapa a Teófilo Paván, al cual le dio las debidas indicaciones sobre el mismo. Solamente se oía la voz de Baby en el lugar. Era todo como irreal, como un extraño dibujo sin terminar.

—No hablen con nadie —dijo finalmente Brigitte—, y no utilicen transportes unitarios, como bicicletas, motocicletas, o taxis. Utilicen transportes públicos solamente. Si alguno ve que va a llegar más tarde de la hora convenida, que regrese aquí y espere un par de días…, pero que nadie utilice vehículos privados ni pida ayuda a nadie absolutamente para nada. Ustedes ya me entienden.

—¿Y dónde iremos con el yate? —quiso saber Paván.

—No se preocupen por eso, y piensen solamente que desde el mismo instante en que suban a bordo podrán considerarse a salvo bajo mi personalísima protección. Eso es todo.

Brigitte abandonó la choza, seguida de Jacinto, tras hacer éste un guiño de complicidad a los cinco hombres. Éstos oyeron el rumor de la motocicleta al ser puesta en marcha y luego alejándose. Todo quedó nuevamente en silencio.

—Teófilo, ¿qué hacemos? —quiso saber Francisco Herrero.

—Lo que ella ha dicho.

—Podría no ser la agente Baby —deslizó Luis Costas.

—Sí —admitió Teófilo Paván—, podría no ser ella, es cierto. Pero si no es ella y es alguien que quiere perjudicarnos, ya sabe lo suficiente de nosotros y de nuestra situación para perjudicarnos todo lo que quiera. Es más, ya podríamos estar muertos y remuertos.

—Yo creo que es ella —susurró Herminio Pérez—. Tiene que ser ella, Teófilo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque lo que ha sucedido en El Salvador es tan extraño que no puede sorprendernos que ella haya tomado cartas en el asunto. Si fuese alguien que quisiera perjudicamos, en efecto ya podría haberlo hecho. Y si es alguien que se la está jugando por nosotros…, ¿conoces a alguien capaz de hacerlo, salvo la agente Baby?

—Nosotros no somos norteamericanos, como ella y sus compañeros agentes de la CIA —recordó Herreros—. ¿Por qué arriesgarse por ayudarnos?

—Se lo preguntaremos cuando lleguemos al yate —sonrió ceñudamente Teófilo Paván.

* * *

Teófilo Paván fue el último en llegar a nado al hermoso yate que esperaba anclado en el lugar indicado. Eran las cuatro menos diez de la madrugada. En cubierta solamente se hallaba la hermosa mujer que ya conocía.

—Los demás ya han llegado —dijo ella—. ¿Algún problema por su parte?

—No. Ha sido duro llegar hasta aquí, pero ningún problema.

—Zarparemos ahora mismo. Vaya abajo, coma y beba, y échese a dormir: todas sus preocupaciones han terminado, Teófilo.

—Esperemos que así sea, gracias. ¿Quién más viaja con nosotros?

—Nadie más. Ustedes cinco y yo.

—¿Quién gobernará el yate?

—Yo.

—Pero…

—¿Quiere entenderlo de una vez?: para ustedes la pesadilla ha terminado… Ahora les toca padecerla a otros.

Capítulo VI

Michael Oversham oyó el rumor del automóvil, y su primera reacción fue de alarma. Acto seguido se dijo que no había por qué alarmarse, pero persistió una molesta desconfianza.

Terminó por sonreír como burlándose de sí mismo.

«Acabaré viendo fantasmas», se dijo.

Sabía que no tenía por qué preocuparse. Estaba pescando tranquilamente en aquel solitario lugar del estado de Connecticut donde hacía años se había comprado una parcela y se había construido un pequeño chalé en el que solía pasar, generalmente en solitario, sus mejores vacaciones. Cerca del chalé discurría un pequeño arroyo de aguas transparentes que iba a desembocar en el Connecticut River, a la altura de Glastonbury, y con eso él tenía mis que suficiente para pasarlo divinamente.

Porque dicen que uno se harta de todo, incluso de lo bueno; pero lo cierto es que de lo que sí se cansa uno es de viajar, de estar fuera de casa. Y más, a medida que uno se va haciendo mayor. Porque hay gente que nunca ha viajado, o casi nunca, salvo en metro, autobús, bicicleta, o máximo en automóvil para ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. A esta gente, claro, le gustaría hacer viajes en avión, saltar de un sitio a otro en helicóptero, o en submarino, o metido dentro de un viejo carro de combate… Todas esas cosas que suelen englobarse en el genérico nombre de «aventuras».

Pero incluso las aventuras cansan, sobre todo cuando, con el tiempo, la experiencia y el cansancio dejan de ser aventuras para convertirse en una actividad casi rutinaria, generalmente sucia, y encima peligrosa.

—Nada, que hoy no queréis picar —dijo en voz alta Michael Oversham.

—¿Se dirige a mí, joven?

Oversham se llevó tal sobresalto que casi soltó la caña con la que pretendía pescar truchas para la cena. Se quedó medio sentado y medio de pie, encogido, sosteniendo la caña con una mano y poniéndose la otra a modo de visera para mirar hacia donde había sonado la voz.

Entonces vio a la dama.

La anciana dama de blancos cabellos que le contemplaba con sonrisa indulgente y simpática.

El cerebro de Oversham trabajó a toda prisa: había oído un automóvil, pero luego, convencido de que no se había detenido por allí cerca, se había distraído. Sin embargo, estaba claro que el automóvil se había detenido cerca, y que quien había llegado hasta allí en él era la anciana dama…, que seguía mirándole con sus perspicaces y rientes ojos azules a través de los redondos cristales de sus gafas de montura de acero. Vestía enteramente de negro, y se apoyaba en un bastón cuya empuñadura grande parecía de plata.

—¿Quién es usted? —murmuró Oversham, recuperándose. La dama alzó las cejas, como sorprendida.

—¡Qué pregunta tan chocante! —exclamó.

—¿Chocante?

—¿Acaso le pregunta usted el nombre a todas las personas desconocidas que se cruzan en su camino?

Michael Oversham frunció el ceño, pareció a punto de decir algo, y terminó soltando un gruñido. Luego, preguntó:

—¿Se ha perdido usted por esta zona, señora? La dama pareció comenzar a irritarse.

—¿Por qué supone semejante tontería? —inquirió, de mal talante.

—Bueno, no hay nada por aquí, salvo un camino que conduce a mi chalé y prácticamente a ningún otro sitio. ¿Ha llegado usted en coche?

—Así es. Lo he dejado en el camino. Me gustó el sitio, y quise contemplarlo detenidamente. ¿Cómo va la pesca?

—Mal. Pero no tengo prisa; ya picarán.

—Sí, la paciencia es la madre del éxito. La paciencia junto con la perseverancia, claro está. Quiero decir que si por ejemplo, usted tiene mucha paciencia, pero no persevera en su intento de pescar, jamás pescará riada.

—Desde luego que no —sonrió por fin Oversham—. No pretendo ser curioso, señora, pero salvo que venga usted en mi busca yo diría que se ha perdido.

—Yo tampoco tengo prisa. ¿Me permite sentarme a su lado?

—Cómo no.

Oversham terminó por sentarse de nuevo, y la dama se sentó a su lado, con graciosa elegancia. Llevaba un maletín forrado de raso negro del cual sacó un paquete de cigarrillos, y ofreció a Oversham, que aceptó. Ya los dos fumando, ella dijo:

—Es un sitio muy tranquilo y hermoso, muy adecuado para venir a descansar. Yo tengo una propiedad parecida, pero junto a un lago… Quiero decir que de cuando en cuando es un placer aislarse, dedicarse a los pensamientos de uno mismo y a hacer algo así como un balance de nuestra vida… ¿No le parece, joven?

—Desde luego que sí. ¿Vive usted por aquí? ¿En Hartford quizá?

—No, no. Suelo vivir en Nueva York…, aunque casi siempre estoy de un lado a otro.

—¿De un lado a otro?

—Sí, sí… Hoy en Tokio, mañana en París, al día siguiente en Los Ángeles, al otro en San Salvador… ¿Conoce San Salvador? Ya sabe, la capital de ese pequeño estado centroamericano llamado El Salvador… ¿Ha estado allá alguna vez, joven?

Michael Oversham estaba lívido, tenía el rostro desencajado, y sus ojos casi se le salían de las órbitas mirando los azules de la anciana dama, que no dejaba da contemplarle con aquella sonrisa que, ahora que Michael se fijaba bien, parecía de piedra. O de hielo.

Dejó la caña a un lado, se pasó las manos por la cara, que le pareció congelada, y volvió a mirar a la anciana.

—¿Cómo ha podido encontrarme? —susurró.

—Si ahora pica algún pez quizá se le lleve la caña —indicó ella.

—Por todos los demonios —insistió él—, ¡¿cómo ha podido dar conmigo?!

—Del modo más simple imaginable —dijo la dama— fui a la Central, me metí en el fichero, y le pedí al ordenador que me facilitara el número del expediente del actual jefe de la CIA en San Salvador. El ordenador me dio el número, yo fui al archivo, localicé el expediente, lo leí, y luego obtuve una fotocopia de la fotografía del jefe de la CIA en San Salvador. Dicho en otros términos, de

Simón-San Salvador: Michael Dwight Oversham. Vea. Usted es un hombre muy fotogénico, señor Oversham.

La dama le tendió a Oversham la fotografía de este mismo. Él la miró, y miró de nuevo los azules ojos penetrantes.

—No sé nada de nada —dijo con voz ronca—. ¡No sé nada de nada!

—Al menos sabrá por qué está aquí pescando en lugar de estar atendiendo su trabajo en Centroamérica, ¿no?

—Obedezco órdenes, eso es todo. Me dijeron que debía retirarme, que me tomara unas vacaciones, y eso es lo que estoy haciendo… ¡Solamente eso!

—¿Por qué está tan nervioso? Yo no le estoy acusando de nada, ¿verdad? Solamente estamos charlando.

—¡Ya le digo que no sé nada de nada!

—Me inclino a creerle —dijo muy suavemente la anciana dama —, porque si usted supiera algo no le iba a negar esa información a su querida Baby, ¿no es cierto, Simón? Usted y yo nunca nos habíamos visto antes de ahora, pero usted sabe que por el simple hecho de ser un Simón goza de mi más sincero afecto, y hasta mi cariño. Del mismo modo, yo sé que usted, como cualquier Simón, haría cualquier cosa por mí, ¿no es así, Simón?

—No sé nada —jadeó Oversham, que ahora sudaba visiblemente —. ¡Le estoy diciendo que no sé nada! ¡Me dijeron que me marchase de allí y me marché, eso es todo!

—Cuando usted se marchó…, ¿ya había aparecido en la TV5S el programa que denunciaba el grupo de colaboradores de Teófilo Paván? ¿Ya había sido asesinado nuestro colaborador Gregorio Azaña?

Michael Oversham no contestó. Estaba tan tenso que sugería la posibilidad de romperse, de saltar en pedazos sólo con tocarlo. La anciana dama guardó la fotografía de Oversham, y sacó varias más, que tendió al muy alterado agente de la CIA.

—¿Conoce a estos dos hombres? —inquirió.

—Escuche —la miró él evidentemente angustiado—, le he dicho ya mil veces que no sé nada…

—¿Por qué se preocupa tanto? ¿Acaso ha hecho usted algo malo, algo indebido, deshonroso o traidor?

—¡Desde luego que no!

—En ese caso, tranquilícese y conversemos. ¿O es que se niega usted a conversar conmigo?

—No… No es eso… Pero los dos sabemos que en El Salvador se ha llevado a cabo algo que usted y yo no aprobaríamos y mucho menos haríamos, algo que sólo puede ser calificado como una grandísima mierda… ¿Por qué se empeña en meterme en eso a mí, que todo lo que hice fue obedecer la orden de desalojar El Salvador con todos mis compañeros?

—Solamente he venido aquí a asegurarme de que usted no sabía nada de todo eso, y ya convencida, le pido ayuda. ¿Conoce a estos dos hombres?

Michael Oversham titubeó, pero terminó por tomar las fotografías que le tendía la anciana. Había exactamente cuatro, dos por hombre. Y de cada hombre, una fotografía era normal, y la otra, muy parecida, era una fotografía robot.

—No —murmuró—. No los conozco… ¿Quiénes son?

—Éste —señaló Baby a uno de los hombres— ni siquiera dio su nombre, pero este otro dijo llamarse Boris Karloff. Una broma simpática, ¿verdad? Sin duda recuerda usted que Boris Karloff es el nombre de aquel actor que fue el que mejor representó el papel del monstruo de Frankenstein.

—Sí… Hace un par de años vi la película por televisión.

—La televisión… Se ha convertido en la reina de nuestras vidas, ¿no le parece? Hasta el punto de que incluso ha habido gente que se ha ofrecido a proporcionar felicidad por televisión[5]. Pero no siempre es agradable, ni buena o tan siquiera conveniente, la televisión. Ahí tenemos, por ejemplo, el asunto que nos ocupa: por culpa de la televisión se pudo difundir por todo el mundo en cuestión de minutos la identidad de todo un grupo de colaboradores de la CIA… ¿De verdad no conoce a estos dos hombres?

—No. ¿Qué significan sus fotografías-robot?

—Le explicaré el proceso… Estuve en El Salvador y en el sur de México, y tras terminar un asunto allá, regresé a Estados Unidos. Fui directamente a la Central, me instalé en el despacho de nuestro jefe del Grupo de Acción, y le pedí que convocara allí a los dos mejores dibujantes de la CIA disponibles en aquel momento, a los cuales les dicté los rostros de estos dos hombres.

Cuando los resultados me satisficieron plenamente, es decir,

cuando las fotografías robot, como ve, resultaron prácticamente idénticas a los rostros que yo había visto, volví ante el ordenador, introduje las fotografías, y solicité información sobre los dos hombres. Pese a que los rostros eran retratos-robot, el ordenador tuvo suficiente, y me dio dos números de expediente. Con esos dos números volví a los archivos, y localicé las fichas de los dos hombres en cuestión, de las cuales obtuve estas fotografías… Los nombres de estos dos caballeros son James Rennie y Orson Dewey.

—Ya. Otros dos Simones, como yo mismo.

—No estoy muy segura de eso.

—¿Cómo que no? —se sorprendió Oversham—. Si sus expedientes constaban en nuestro fichero… Vamos, vamos, usted sabe que si estaban allí es porque ambos son agentes de la CIA.

—Sí, pero me resisto a creerlo, porque me violaron.

—¡Claro que no! —Pegó un brinco Oversham, demudado el rostro.

—Le aseguro que lo hicieron.

—Pe-pero eso… no es posible… ¡No debían de saber que usted era la agente Baby, pero aun así…!

—Creo que me violaron precisamente porque yo era la agente Baby.

—¿De… de qué está usted hablando…? ¡Ningún agente de la CIA le haría eso a la agente Baby! Malditos sean, si realmente ellos hicieren eso los voy a buscar y…

—Ya los están buscando —sonrió la anciana—. Seguramente, ellos se han escondido bajo tierra, pero es inútil: se escondan donde se escondan los encontrarán sus propios compañeros, es decir, los Simones que no hacen esas cosas con su querida Baby. No creo que tarden mucho en avisarme de que los tienen localizados. Mientras tanto, quise asegurarme de que, realmente, lo sucedido en San Salvador no tenía nada que ver con las actividades normales de la CIA.

—¿Las actividades normales?

—Y los agentes normales.

—¿Qué quiere decir?

—Nosotros, los espías, no somos precisamente unos angelitos, ¿verdad, Simón? Y con mucha frecuencia todos hemos hecho alguna que otra porquería porque el juego lo requiere. Pero para hacer una

grandísima mierda, como usted bien ha dicho, no recurren a nosotros, a los «normales», sino a determinados especialistas que son capaces de digerirlo todo y de hacerlo todo… ¡Oiga, me parece que están picando, tenga cuidado con la caña!

Michael Oversham se abalanzó hacia la caña abandonada poco antes, la recuperó, y, en efecto, al poco sacaba del agua una formidable trucha que opuso la debida y honrosa resistencia, pero que terminó derrotada.

—Caray —se pasmó Oversham—, ¡nunca había conseguido un ejemplar tan grande como éste!

—Suelo llevar la suerte conmigo —sonrió la anciana.

—Eso ya lo sé hace años… Oiga, se me ocurre… Pero no…, no me parece que la idea le vaya a gustar…

—Expóngala y estudiémosla.

—¿Por qué no se queda a cenar conmigo? Podríamos hacer la trucha directamente al fuego, algo extraordinario tal como yo la preparo… Bueno, estoy diciendo tonterías…

—Desde luego que no —aseguró sonriente la anciana— hasta que me localicen a Rennie y Dewey no tengo nada mejor que hacer.

* * *

Precisamente aquella misma noche, mientras la agente Baby cenaba una exquisita trucha en compañía de un encantado y fascinado agente de la CIA, los agentes de la CIA James Rennie y Orson Dewey eran hallados. Habían alquilado juntos un magnífico apartamento frente a la playa más famosa del mundo, Copacabana, y llevaban allá tres días de reposo cuando sucedió: al regresar de una salida nocturna, y cuando uno de ellos se disponía a abrir la puerta del apartamento, no tuvo que molestarse en hacerlo, pues la puerta la abrió un hombre desde dentro del apartamento, que les dijo:

—Entrad.

Los dos hombres tuvieron un instante de vacilación, pero enseguida vieron, detrás de aquel hombre, a otros dos. Y en aquel momento, por los extremos del pasillo al que daba la puerta del apartamento aparecieron cuatro hombres más, dos en cada extremo. Cuatro hombres altos, atléticos, fuertes, de dura mirada y gesto

reveladoramente resuelto mientras les apuntaban en estremecedor silencio con sus pistolas provistas de silenciador. Su actitud revelaba bien claramente que no iban a tener el menor inconveniente en acribillarlos a balazos allí mismo si era necesario.

James Rennie y Orson Dewey dejaron caer la cabeza sobre el pecho y entraron en el apartamento.

El cepo había funcionado.

* * *

Y ni siquiera veinticuatro horas más tarde apareció en escena el siguiente personaje. Un encantador personaje conocido en todo el mundo por su faceta profesional como periodista: la señorita Brigitte Montfort.

Ésta entró en el apartamento, llegó a la salita donde, rodeados de agentes de la CIA estaban Rennie y Dewey, los miró apenas un instante, y fue a pararse ante el amplio ventanal desde el cual se divisaba la belleza inaudita de Copacabana.

—Si no fuese porque en Rio llueve tanto, hace años que me habría venido a vivir aquí, o cuando menos pasaría largas temporadas —dijo—. Pero como dijo una vez un amigo, «en Rio llueve, llueve siempre»… Supongo que exageraba, pero lo cierto es que cuando pienso en esta ciudad me parece incluso demasiado hermosa para vivir en ella habitualmente. Quiero decir que hay cosas tan hermosas que son para admirarlas solamente. Por ejemplo, incluso al más fanático admirador de la pintura se le haría abrumador vivir en el Museo del Louvre… ¿No están de acuerdo?

—No del todo —sonrió uno de los Simone—. Ocurre como con todas las cosas: una vez se las conoce bien y de verdad, se las ama. Y si usted viviera una temporada en Rio ya no querría marcharse.

—Seguramente, es así —admitió la divina espía; se volvió completamente hacia los dos prisioneros, a los que miró de un modo directo pero inexpresivo—. ¿Qué tal, Boris Karloff?

Éste sonrió ceñudamente.

—No muy bien, en estos momentos.

—¿No? ¿Acaso estos muchachos le han tratado mal a usted y a su compañero?

—No, no. No se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces?

—Después de nuestra… relación con usted en El Salvador no creo que vayamos a pasarlo precisamente bien.

—Vamos a aclarar las cosas: ustedes son agentes de la CIA, ¿no es así?

Por eso precisamente les ha sido tan fácil a mis Simones localizarlos. O sea, unos Simones buscando a otros Simones… Es la primera vez que tengo esta experiencia, pero debe de ser verdad que todo sucede una primera vez… Sea como sea, vamos a dejarnos de filosofías y vamos directos al asunto: ¿cuál es la explicación a todo lo sucedido en El Salvador?

—Nosotros no disponemos de esa explicación.

—¿Se limitaron a cumplir órdenes?

—Sí. En todo momento.

—Ya le entiendo, ya. ¿Quién les dio esas órdenes?

—Nuestro jefe de Zona Centro del Grupo Especial.

—¿Cuál es su nombre?

—«Happy Boy».

—¿Qué me dice? —sonrió Brigitte—. ¡Esto sí que resulta divertido! ¿De modo que sólo le conocen por su nombre de operaciones especiales?

—Así es.

—De acuerdo, les creo. Ahora, díganme qué órdenes les dio nuestro simpático «Feliz Muchacho» desde el primer momento en que ustedes intervinieron en el asunto.

—Nosotros estábamos de reserva para imprevistos en San Salvador. Y el imprevisto se produjo: Niceto Enríquez tuvo que ser eliminado por las chicas, es decir, por una de ellas, al complicarse las cosas. Luego, como una de las chicas a su vez había muerto, y la otra estaba en el hospital, la situación resultaba comprometedora, así que convenía eliminar a la sobreviviente. Para ello, recurrimos a dos colaboradores especiales, que fueron al hospital y, en efecto, eliminaron a la sobreviviente. Pero usted comenzó a seguirlos, así que tuvimos que pararle los pies. La cazamos a usted, la llevamos a aquel lugar, y al registrar su maletín, al pensar en lo que había sucedido, y también al ver su pistola de cachas de madreperla, comprendimos que era la agente Baby, lo que complicaba todavía más las cosas, pues expresamente se nos había indicado que por

nada del mundo aceptáramos contacto con usted si aparecía por allí. No podíamos matarla, naturalmente, y la idea de luchar con usted, es decir, de darle la más pequeña oportunidad de atacarnos, nos ponía los pelos de punta… De modo que la golpeamos, y una vez estuvo aturdida pedimos instrucciones.

—¿Y las instrucciones fueron que me violaran?

—Sí. Había que hacer eso o matarla. Optamos por violarla. De este modo, cuando usted escapase (pues todo estaba preparado para que escapase), jamás se le ocurriría sospechar que nosotros éramos de la CIA.

—Es decir, que se trataba básicamente de convencerme plenamente de que la CIA no había intervenido en todo aquello.

—Sí, ésas eran las instrucciones. Mire, matar a aquellos dos tipos no nos importó en absoluto: igual que las dos chicas, y que nosotros mismos, no eran más que profesionales de la muerte, carne de cañón…, pero le juro que se nos revolvieron las tripas cuando hicimos lo que nos ordenaron. Y si pudimos hacerlo fue porque o le hacíamos eso o estaba condenada a muerte: si usted no quedaba convencida de que la CIA no tenía nada que ver con todo aquello el siguiente plan era eliminarla.

—Es decir, que encima tengo que estarles agradecida.

—Sólo le estoy pidiendo que trate de comprendernos.

Los azules ojos de la señorita Montfort no podían mostrarse más inexpresivos, fijos en Boris Karloff y su compañero, es decir, en James Remie y Orson Dewey. Por fin, pareció desentenderse de ellos, encendió un cigarrillo y permaneció pensativa, fumando; durante no menos de tres minutos, como envuelta en un silencio creado por los nueve hombres allí reunidos.

Apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita cerca de la cual se había sentado, y se puso en pie.

—Vámonos —dijo.

El desconcierto fue total y general.

—¿Que nos vamos? —Reaccionó por fin el jefe del grupo de Simones para aquella operación—. ¿Adónde? ¿Y qué hacemos con estos dos?

—Nada. Simplemente, nosotros nos vamos, y ellos que sigan pasándolo lo mejor posible en Rio. Pero —la azul mirada pareció tornarse de hielo al dirigirse hacía Dewey y Rennie— si ustedes

hacen algo más que pueda perjudicar o tan sólo entorpecer mis siguientes propósitos, están muertos. ¿Me han entendido?

Los dos hombres asintieron, lívidos como muertos.

—¿No va… a hacernos… nada? —jadeó Dewey.

—Estoy convencida de que ya lo están pasando suficientemente mal por lo que hicieron, de modo que vamos a dejarlo así. Olvidémoslo. Permanezcan en Rio el tiempo que les ordenaron, y no mencionen esta conversación conmigo. Como si todo estuviera saliendo como desea quien les envió aquí y les ha estado dando instrucciones. ¿Está suficientemente claro?

—Sí…

Brigitte Baby Montfort asintió, y se dirigió hacia la puerta. Eso fue todo.

Capítulo VII

Habitualmente, cuando no estaba trabajando, Nick Barrymore residía en Panamá, en un pequeño pero confortablemente amueblado apartamento ubicado en la Atilda 4, por mejor nombre Avenida de Justo Arosamena, cerca del cruce con la Calle 31, que ésta sí que tenía solamente este nombre. Desde la terraza del apartamento, y contando con la buena fortuna de que el edificio era más alto que los que tenía enfrente, Nick podía ver el mar, flotando en el cual y salvo que el día estuviese brumoso, divisaba la belleza del Archipiélago de las Perlas, muchas veces incluso utilizando los potentes prismáticos.

No se vivía mal en Panamá. Claro que no era como San Francisco, o Nueva York, o Dallas, pero no se vivía mal. Era otra calidad de vida, pero con dinero se notaban menos las diferencias. Y con una buena lancha para disfrutar del entorno la vida en Panamá y su bahía podía ser sencillamente espléndida.

Aunque sólo fuese yendo a pasar unos días a una de las islas, donde el turismo obligaba a ofrecer mayor confort. Y mayor tranquilidad. Sí, sin la menor duda, había tenido una buena idea una vez más. Dentro de pocos minutos zarparía, y por unos días se olvidaría de todo. Y dentro de un par de años, ¡la gran vida! Vaya que sí. Tenía cincuenta y tres años, había luchado y apostado duro, y entonces sería hora de recoger los beneficios de las arriesgadas apuestas en las que siempre había beneficiado a personajes mucho más importantes que él. Le debían mucho, y él lo pediría en su momento, Pero mientras tanto…

—¡Hola!

Nick Barrymore miró hacia el embarcadero, vio a la hermosa muchacha mulata de rizadísima cabellera, y por un instante frunció el ceño…, pero enseguida sonrió. ¿Por qué no? En la vida no todo ha de ser jugársela, ¿verdad?

—Hola, ¿qué tal? —saludó a su vez.

—Hace un hermoso día, ¿verdad? —sonrió ella.

Nick asintió. Sabía que no era guapo, en absoluto. No era uno de esos hombres de edad mediana que todavía resultan atractivos o cuando menos interesantes. Él era de mediana estatura, más bien gordito, acusadamente calvo, y no se podía decir que sus facciones fuesen atractivas. Era, en suma, un vulgarísimo hombre de más de cincuenta años que los aparentaba sin mayores gracias ni méritos. Pero… Pero adonde no llega la belleza personal llega la belleza del dólar, y, evidentemente, la mulatita que le sonreía pensaba más en el dólar que en la belleza de Nick Barrymore.

—Muy hermoso —asintió Nick—. Ideal para dar un paseo por mar.

—¡Ciertamente que sí! ¡A mí me encantaría mucho pasear por el mar! Y más con una lancha tan bonita como la de usted… ¿Puedo mirarla bien?

—Por supuesto —sonrió Nick.

Ella pasó a bordo, ágilmente, graciosamente. Vestía una blusa por la que parecían a punto de escapársele unos prodigiosos pechos al parecer dotados de vida propia, unos mini tejanos con los bordes desflecados, dejando al descubierto unos muslos de ensueño, y calzaba unas sandalias rojas, como la blusa, de tacón alto. A decir verdad, Nick Barrymore estaba pasmado por la belleza descomunal de la mulatita. Era algo nunca visto. Por lo tanto, debía de ser carísima…

Pero ¿qué importaba? Vamos a ver: ¿cuánto podía pedirle, qué cantidad podía exigir ella por sus favores, por disparatada que fuese? ¿Mil dólares, por decir una barbaridad? Pues se los pagaba y ya está, pero él no se dejaba escapar un bombón semejante. Porque ahora que la miraba bien, no sólo era bellísima, sino que tenía clase. Auténtica clase. No señor, no era una de esas putitas lindas pero vulgares que de repente se hacen aborrecer al decir estupideces o eructar en la mesa riendo, y cosas parecidas…

—¿Podría verla por dentro? —pidió ella.

—Claro… ¿Cómo te llamas?

—Penélope. ¿Y tú?

—Nick. Pasa por aquí…

Entraron en la reducida pero suficiente y acogedora vivienda de

la lancha. Ella miró alrededor, asintió, y se volvió sonriente hacia Barrymore, que miraba y no creía la belleza de los pechos que casi se salían por el muy abierto escote.

—¿Nick? —dijo ella—. Eso quiere decir Nicolás, ¿verdad?

—En efecto.

—Pues no me gusta demasiado tu nombre, Nicolás… De modo que voy a inventarme un nombre más bonito y más cariñoso para ti. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —sonrió de oreja a oreja Barrymore, acercando una mano al escote femenina—. Pero que sea sobre todo muy cariñoso.

—Muy cariñoso —dijo ella, agarrando su mano con la suya derecha—… ¿Qué te parece Muchacho Feliz? Bueno, dicho en inglés, Happy Boy… ¿Te gusta?

Nick Barrymore había palidecido intensa y bruscamente, y su sonrisa se había quedado congelada en sus gorditos labios. Durante un par de segundos pareció de piedra. Luego quiso retirar la mano que ella sujetaba, pero Penélope le sujetó fuertemente por tres dedos, y Nick comprendió en el acto que si se movía ella se los iba a romper como si fuesen simples fideos.

—¿Quién es usted? —jadeó.

—No debería desconcertarle un simple teñido de piel, Feliz Muchacho. Aunque no es un teñido tan simple. Es un teñido magistral, conseguido por medio de un suero que se inyecta bajo la piel y que… ¿Le hago daño?

—Suélteme.

Ella sonrió. Fue una sonrisa hermosísima, deslumbrante, maravillosa. Pero al mismo tiempo había en sus negros ojos algo que no tenía nada de maravilloso. Nick pensó en la pistola que tenía en uno de los armaritos de la cocina, metida en una cubitera. Siempre había sido un hombre prevenido, y tener una pistola dentro de un cubito para *rocks* no era una idea genial, pero sí práctica…

Oyó el impacto de varios pies en la cubierta de la lancha, que se movió dulcemente. Casi enseguida, los motores gemelos fueron puestos en marcha.

La lancha zarpó.

Nick se pasó la lengua por los labios.

—Está bien —susurró—. No es necesario que nos pongamos

violentos. Podemos conversar, Baby.

—¿Ve como no es ningún tonto, Muchacho Feliz? Espero que también sea inteligente durante la conversación. Quiero decir que no sea usted uno de esos bobos que siempre dicen que no saben nada de nada… Porque no hay nadie en el mundo que no sepa nada de nada, ¿no está de acuerdo? Por ejemplo, el más ignorante de los ignorantes debe saber, cuando menos, cómo sobrevivir, incluso en las circunstancias más adversas. Y saber cómo sobrevivir ya demuestra una dosis más bien considerable de inteligencia, me parece a mí… ¿Usted sabría cómo sobrevivir, Feliz Muchacho?

—No tiene por qué amenazarme —jadeó Nic—. Yo soy uno de los suyos, soy un Simón, soy un agente de la CIA.

—Sí, eso me consta. ¿Y sabe por qué? Pues porque en cuanto supe que tenía que buscar a alguien llamado Happy Boy no me compliqué demasiado la vida: llamé por teléfono a mi amado jefe y amigo desde Rio, y se lo pregunté. Señor —le dije—, ¿podría decirme quién es Happy Boy y dónde está en estos momentos? Él me dijo que lo volviera a llamar una hora después, y así lo hice. Entonces me dio la respuesta completa, que había obtenido, claro está, en los archivos de la CIA Y desde Rio me vine a Panamá para visitarlo, Feliz Jovenzuelo… Aunque ya no es usted tan jovenzuelo, Nick.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —Casi gimió Barrymore.

—Saber quién le da las órdenes. Porque es bien curioso lo que me ha sucedido con usted… Cuando le pregunté a *Mr*. Cavanagh a qué grupo o departamento pertenecía usted me dijo: es del Grupo Subespecial. Fíjese bien, Jovencito Alegre: Grupo SUBESPECIAL. A mí, esto de SUB; me sugiere INFERIOR o POR DEBAJO DE. Es como la palabra Subway, que nosotros no nos hemos parado a analizar, pero que los latinoamericanos que hablan español podrían traducir por CAMINO DEBAJO, o sea, un camino por debajo. ¿Comprende?

—Maldita sea —casi gritó Nick— ¡usted se está burlando de mí, me está torturando mentalmente, me está humillando…!

—No se lo tome así, hombre. Porque si se toma así unas simples bromas verbales…, ¿cómo se tomaría usted el hecho de que yo hiciera que alguien le violara?

—Escuche… Yo tenía que hacerlo… ¡Tenía que hacerlo así o matarla! ¡Tenía que hacerlo!

—¿Por qué?

—¡Tenía que hacerlo! ¡Me va a romper los dedos! —chilló.

Penélope le soltó, por fin, y Nick se dejó caer en el borde del pequeño asiento situado junto a la entrada a la cabina de proa, donde había dos literas. La lancha navegaba ahora velozmente, sin la menor duda ya por mar abierto. El día era espléndido. Por las portillas entraba el sol a raudales, como queriendo inundarlo todo de gozo.

—¿Por qué tenía que hacerlo? Y no es que esa doble violación haya marcado mi vida, de eso puede estar bien seguro. No fue nada, aunque usted no comprendería mis procesos mentales en ese sentido. En realidad, si la menciono tanto es porque quiero saber qué cosa tan importante está sucediendo que un agente de la CIA, con tal de ocultarla, ordena a otros dos que violen a la agente Baby como mal menor, porque entiendo que o eso o la muerte. Vamos, Nick, explíquemelo todo y ya verá qué fácilmente lo entiendo.

—¡No puedo explicárselo, por la sencilla razón de que no lo sé!

—¿Usted tampoco lo sabe? De acuerdo, seguiremos subiendo por esta larga escalera, así que dígame; ¿cuál es el siguiente peldaño, quién le da las órdenes a usted?

—Si le digo esto… estoy perdido… para siempre.

—¿Qué quiere decir?

—No sólo habré perdido toda oportunidad de retírame como yo tenía planeado, sino que incluso ordenarán mi muerte.

—¿Y usted cree que si no contesta a mis peguntas yo no le voy a matar? —deslizó suavemente la bella mulata.

—Usted no lo hará… ¡Claro que no!

—Nick, sé que el Grupo Subespecial está compuesto por asesinos y gente de la peor especie entrenada en circuitos especiales por la CIA Esto quiere decir que sé que usted, pese a su aspecto de bonachón inofensivo, es un asesino director de asesinos en la Zona Central de América. Usted no es un Simón, que se la juega cuando hace falta, sino un asesino que mata siempre sin riesgos, o que ordena muertes…, o violaciones, o lo que sea. Sé muy bien con quién estoy tratando, y quiero que usted lo entienda bien: o me dice quién le ha estado dirigiendo a usted en este asunto o le mato ahora mismo.

La pistolita de cachas de madreperla apareció en la mano de la

mulata, y quedó apuntando a la frente de Nick Barrymore, que estaba empapada en sudor.

—Edgar Tremaine —jadeó.

El sobresalto de Penélope fue más que evidente.

—¡Mentira! —exclamó.

—Edgar Tremaine —repitió Nick Barrymore.

—Puerco asqueroso… ¡Está mintiendo!

Nick apretó los labios. Ya no insistió. Un agente de la CIA, alto, rubio, impresionantemente enorme y poderoso, apareció en el hueco de la entrada, pistola en mano.

—¿Algún problema? —se interesó.

—No —susurró Penélope—. No, no. Todo está bien. Simón. Vuelva con Simón y sigan navegando y vigilando bien.

—Descuide. Todo está bajo control.

—Gracias… Lo mejor será que llamen ya por la radio al helicóptero para que vengan a recogernos.

—Muy bien.

El atlético espía desapareció. Penélope volvió a airar a Nick, que continuaba sentado y parecía desinflado y súbitamente envejecido.

La espía suspiró profundamente, y dijo:

—Me parece tonto preguntárselo, pero tengo que hacerlo: ¿usted sabe QUÉ es Edgar Tremaine?

—Es uno de los jefes del Cuerpo Diplomático de los Estados Unidos, posiblemente el más inteligente y, con mucha frecuencia, asesor para asuntos internacionales en la Casa Blanca.

—¿Y este hombre ha tenido algo que ver con la delación de un pequeño, modesto, casi insignificante grupo de colaboradores de la CIA y con el asesinato de uno de ellos, un pobre infeliz que nos servía?

—Sí. Él me ordenó que montara ese… programa en videotape con Teófilo Paván y los demás, y que me las arreglara para que fuese ampliamente divulgado. De modo que procedí a hacerlo, y lo entregué a Niceto Enríquez para que lo programara en su emisora, la TVSS. Él se resistió, pero le recordé que también trabajaba para la CIA, y que…

—¿También Enríquez trabajaba para nosotros? —exclamó Penélope.

—Sí.

—Pero… no lo comprendo… ¡No lo comprendo! ¿Por qué delatar a todo un grupo de colaboradores, y además utilizando otro que también lo era…? Y además, aunque inicialmente aquellas dos jovencitas custodiaban a Enríquez, lo cierto era que, en su momento, debían de tener órdenes de acabar con él, ¿no es así?

—Sí. Y la intervención de usted precipitó esas órdenes.

Baby dejó la pistolita sobre una mesita, y se pasó las manos por la cara. Nick dirigió una breve y velocísima mirada a la pequeña arma silenciosa de la espía.

—Pero vamos a ver —murmuró Baby—. Según se desprende de todo esto, Edgar Tremaine preparó la eliminación de todo un grupo de colaboradores de cierta eficacia y, además, la de Enríquez, así que todo debe de tener una explicación… ¿Cuál es?

—No la conozco. Pero es obvio que el señor Tremaine es un traidor a la CIA.

—En ese caso, usted también lo es, ¿no? Puesto que ha estado obedeciendo a un traidor, usted también lo es.

—Sí, claro… Es evidente. ¿Puedo beber algo? Tengo la boca seca.

Penélope ladeó la cabeza, entornó los ojos y se quedó mirando fijamente a Nick Barrymore, que se había puesto en pie. De repente, ella recogió la pistolita, y sonrió cuando captó el gesto de desencanto que Nick no sólo no pudo evitar, sino que lo provocó lo mejor que pudo. Era el mejor modo de conseguir que Penélope creyera que no disponía de más armas. Y ni mucho menos, que tenía una dentro de un cubito para trozos de hielo…

—Beba lo que quiera —autorizó la espía—. No me interesa que tenga la boca seca, pues no podría hablar tanto y tan claramente como deseo.

—En realidad ya sé que no es mucho, pero lo he dicho todo… Quiero decir que no puedo decirle más: el señor Tremaine es mi jefe directo, es quien ha dirigido toda esta operación… y eso es todo lo que sé. ¿Quiere un *whisky* con hielo?

—No, pero bébalo usted, si quiere, Pero… ¿sabe, Nick?: tengo la impresión de que me ha mentido. Un hombre como Tremaine no puede ser un traidor, de ninguna manera. ¡No puedo creerlo, eso es todo!

Nick la miró como divertido, sacó una botella de güisqui de un

armarito, y la dejó sobre la mesita. Abrió el frigorífico y sacó la bandeja de los cubitos de hielo. Luego miró a todos lados, pareció concentrarse, y miró hacia el otro armarito, que abrió. Allá estaban los vasos, y, junto a éstos, el recipiente para los cubitos de hielo. Nick agarró un vaso y lo puso en la mesita, junto a la botella. Miró a Penélope, y movió la cabeza.

—A mí también me gustaría entenderlo —murmuró—, pero me he estado limitando todos estos años a cumplir órdenes. ¿Usted conoce bien a Tremaine?

—Creía conocerlo —murmuró también Penélope—. Hace mucho tiempo que de cuando en cuando nos encontramos en recepciones diplomáticas, y en fiestas privadas… Es un hombre… encantador, por el cual habría puesto la mano en el fuego. Y la cabeza.

—Bueno —sonrió ceñudamente Nick—, hay muchos modos de perder la cabeza.

Se volvió, alargó la mano hacia el cubito metálico, y, en lugar de cogerlo para colocar en él los cubitos que retirase de la bandeja, metió dentro la mano. Tocó la pistola, la empuñó bien, apretó los labios, y se volvió velozmente hacia la desconsolada mulata.

—¡No vas a…!

Plof, disparó Penélope su pequeña pistolita, sin alterarse en lo más mínimo, como si estuviera disparando al blanco. La bala acertó a Nick en el centro de la frente, matándolo en el acto… Aunque no exactamente en el acto. Hubo todavía, en aquel cerebro, en aquella mente, un instante de vida durante el cual comprendió que ni por una millonésima de segundo había engañado a la mejor espía del mundo y de todos los tiempos, y que ella había sabido en todo momento que él intentaría matarla, y que había sabido exactamente cuándo y cómo lo iba a intentar…

Nick Barrymore ya no supo nada más.

Penélope salió a cubierta, a pleno sol. El mar era sencillamente maravilloso, fantástico. Ni una nube en un cielo de un azul insólito. Muy cerca estaba el helicóptero que recogería a los dos Simones, el que vigilaba y el que pilotaba la lancha, los cuales miraron fascinados a su amada Baby.

Ella les sonrió.

—Nos vamos enseguida —dijo—. Pero quiero que esta lancha esté en el fondo del mar antes de que nos hayamos alejado de ella.

—Eso lo arreglo yo enseguida —aseguró Simón.

Cuando, tres minutos más tarde, fue el último en trepar por la escalerilla de cuerda hasta el helicóptero, la lancha ya se estaba hundiendo. Y cuando el helicóptero se alejó de la zona, los ojos de Penélope ya no podían ver la lancha de Nick Barrymore, cuya carrera de espía SUBESPECIAL había terminado.

Capítulo VIII

El gesto y la sonrisa de Edgar Tremaine no podían ser más afectuosos y a la vez simpáticos cuando acudió al encuentro de la invitada a la recepción que acababa de llegar en aquel momento.

—Ah, Brigitte, ¿qué tal? —saludó con entusiasmo, tomando con las dos suyas la mano que le tendió la periodista—. ¡Siempre es un placer verla!

—Lo mismo digo, Edgar —sonrió ella—. Aunque me parece que tanto usted como yo debemos estar ya un poco aburridos de esta clase de fiestas.

—¿Sí? —se sorprendió Tremaine—. ¿Realmente está usted aburrida? ¡Me pareció que le encentaban estas recepciones!

—Digamos que unas sí y otras menos. Reconozca que hay algunas que resultan soporíficas.

—Sí, eso es cierto. Pero no es éste el caso… ¿Ha venido sola?

—Yo siempre vengo sola —se sorprendió ella.

—Sí, es verdad. Bien, todavía faltan muchos invitados por llegar… Usted y yo somos de las pocas personas puntuales que hay en el mundo. Jamás he comprendido a esas personas que realmente creen que llegar tarde es de buen tono.

—Las personas que crean eso, querido Edgar, son unos palurdos. Usted y yo sabemos que no hay mejor tono que ser puntual, serio y eficiente. Dicho lo cual creo que lo menos que me merezco es una copa de champán.

—¡Desde luego que sí! —rió Tremaine—. ¡Se la traigo enseguida!

Se alejó de Brigitte, que saludó a otras personas. No se podía decir que fuesen siempre las mismas, pero sí que el núcleo importante era siempre el mismo. Hacía muchos años que una recepción diplomática que deseara darle resonancia adecuada sabía que tenía que invitar a la señorita Montfort, jefa de la Sección

Internacional del Morning News, el cada día más prestigioso diario matutino neoyorquino. Respecto al cual, por cierto, se decía que, debido a la ya avanzada edad de su actual director, el veterano Miky Grogan, sería en breve dirigido precisamente por la señorita Montfort…

La cual, mientras sonreía y saludaba a tantas personalidades conocidas y a las que le eran presentadas en aquella ocasión, se las arreglaba perfectamente para mirar a Edgar Tremaine. Edgar Tremaine; cincuenta años, alto, elegante, distinguido, inteligente, una carrera magnífica dentro del Cuerpo Diplomático norteamericano, un triunfador que posiblemente en breve habría sido nominado por su partido para la candidatura a las elecciones presidenciales de la ronda siguiente. Un hombre culto, refinado, exquisito, amigo de la presidencia norteamericana, consejero. Millonario, sensible, un intelectual de alto nivel con un linaje familiar que se remontaba al Mayflower…

¿Este hombre era un traidor? Y por supuesto, aunque nunca hubiera hecho mención y todavía menos ostentación de ello, él tenía que saber que la señorita Montfort era, además, la agente Baby de la CIA. ¡Cielos, claro que tenía que saberlo!

—Aquí tiene —llegó Tremaine, ofreciéndole la copa—. ¿Qué hay de cierto en eso de la dirección del Morning News?

—La verdad es que he sido propuesta —aceptó Brigitte, bebiendo un sorbito de champán.

—¿Por quién?

—Por todos —casi rió ella—, empezando por el propio Miky… Edgar, quisiera hablar con usted en un sitio discreto, en privado.

Él se quedó mirándola fijamente, sonrió como si le doliera algo, y susurró:

—De modo que lo ha descubierto todo, incluso ha encontrado la información necesaria para llegar hasta mí.

—Por el amor de Dios —susurró Brigitte—. ¡No me diga que todo es cierto!

—¿Qué ha sido de Barrymore?

—Tuve que matarlo.

—Ya. Lástima. Era un hombre muy inteligente, y muy adecuado para su trabajo en Centroamérica.

—¿Qué trabajo?

—Asegurarse de que todos los grupos mínimamente organizados funcionasen debidamente. Quiero decir, sin rebeldías, sin discusiones, sin exigencias ni deserciones ni discrepancias.

—¿De qué está usted hablando?

—Desde hace algún tiempo la CIA está teniendo cada vez más dificultad en impartir órdenes a los colaboradores locales en Centro y Suramérica, especialmente en Centroamérica. Se vuelven exigentes, no siempre están dispuestos a aceptar todas las órdenes y las consignas, y, en general, hay que andar con mucho cuidado con ellos, pues en cualquier momento pueden tomar la decisión de dejar el servicio e incluso de pasarse a otro. Había que hacer algo para que no se desmandasen más. La disciplina es básica, Brigitte.

—Ciertamente. Pero sigo sin entender. Según Barrymore usted fue el promotor de la delación del grupo de Teófilo Paván.

—Así es. Uno de sus hombres, el tal Gregorio Azaña, parece que descubrió parte de la maniobra que Barrymore estaba preparando, montando el vídeo, y, claro, Barrymore tuvo que eliminarlo.

—Por orden de usted.

—Evidentemente —sonrió Tremaine—. Pero una orden previa, se entiende: toda persona que pudiera resultar perjudicial de alguna manera para el proyecto debía ser eliminada. Usted fue la excepción, y me parece que aquí Nick cometió un error.

—¿Nick… o usted?

—Nick. Él fue quien decidió mantenerla con vida, pero… de modo que usted no pensara ni por un momento que se había enfrentado a hombres de la CIA, aunque fuesen hombres… especiales.

—Es decir, que si hubiera dependido de usted, si él le hubiera consultado eso, usted habría dado orden de que me mataran.

—Sí. Sintiéndolo muchísimo, pero sí, porque sé perfectamente que mi sistema nunca merecerá la aprobación de la agente Baby. ¿Comprende?

—¿Y cuál es su sistema? —sonrió Brigitte, como si ambos estuvieran conversando en el lujoso salón de las cosas más agradables de la vida—. ¿Qué es exactamente lo que usted ha pretendido o conseguido con todo esto?

—Lo he CONSEGUIDO —sonrió Tremaine—. He hecho comprender a todos los grupos de colaboradores que una vez han

comenzado a trabajar para la CIA deben… someterse absolutamente a las necesidades y consignas de ésta, pues de otro modo podrían resultar muy perjudicados. De entre todos los grupos de colaboradores seleccionamos uno…

—¿Al azar, o por alguna causa determinada?

—Al azar. El grupo seleccionado fue el de Paván, y lo utilizamos para hacer el… programa de escarmiento, digamos una… programación subliminal, de miedo, de sumisión y de lealtad. ¿Cómo? Pues muy sencillo: hemos dado a entender a todos nuestros colaboradores que Paván y su grupo habían estado últimamente comportándose un tanto indisciplinadamente e incluso relacionándose con servicios de espionaje ajenos a la CIA ¿Y cuáles habían sido las consecuencias? Pues muy evidentes: que les habían asesinado a un compañero, que a ellos los habían delatado por medio de una cinta de vídeo televisada de forma que habían quedado al descubierto y en peligro, y que no podían recibir ayuda de ninguna clase porque el personal directo de la CIA también se hallaba consecuentemente en peligro y debía despejar rápidamente la zona. Así que, por tontos que sean nuestros colaboradores de más allá del Río Grande, habrán comprendido que no deben ser malos, que deben obedecer a la CIA y ser siempre fieles a ella y dóciles a sus mandatos…, so pena de que, al relacionarse con otros servicios, les tomen fotografías y luego las televisen a todo el mundo. Pero además, y esto es muy, muy, muy importante, les hemos hecho comprender a todos que lo que esta vez han hecho unos «enemigos» la próxima vez podemos hacerlo nosotros, es decir, televisar las fotografías de aquellos que se nos pongan díscolos, de modo que en su país sabrían quiénes estaban o habían estado trabajando para la CIA, y castigarlos adecuadamente. Cuidado, amiguitos, les he dicho con ese programa de la TVSS: en cualquier momento puedo delatar a todos los que no sean sumisos y leales, estáis en la CIA para siempre y siempre haréis, hasta el fin de vuestras vidas, lo que yo os diga… ¿No le parece una jugada genial?

—Sí.

—Pero no le gusta.

—Es una de las mayores canalladas que he conocido en mi vida.

—Querida, la CIA no es una organización benéfica precisamente. Usted ya sabe lo que dicen nuestros adversarios: tratar con la CIA es

como tener una víbora en el seno. Y no vamos a engañarnos: es cierto. Pero eso no sólo puede aplicarse a la CIA, sino a cualquier servicio de espionaje del mundo…

—A cualquier servicio que tenga un Grupo Subespecial.

—Todos tenemos nuestro grupo subespecial. Vamos, ¿por qué se molesta tanto? Han muerto unas cuantas personas que no valían nada y les hemos dado una lección de comportamiento a esos harapientos que se creen importantes porque les dejamos servirnos… ¿Cree que usted y yo debemos reñir por eso?

—No vamos a reñir.

—Espléndido. Celebro comprobar que su amistad por mí…

—Edgar, usted es la última persona del mundo a la que yo concedería mi amistad a partir de ahora.

—Oh, vamos, una persona de su inteligencia…

—Permítame demostrarle mi inteligencia. Yo he escuchado sus planes, proyectos y genialidades diversas. Ahora, escuche usted las mías… La primera edición del Morning News de mañana explicará todo esto a los lectores de los Estados Unidos, y prácticamente de todo el mundo por medio de la agencia con la cual me relaciono. La noticia circulará por todo el planeta en cuestión de minutos.

—¿Se ha vuelto loca? —exclamó Tremaine.

—Ssst. No levante la voz, por favor. Estamos en una elegante recepción diplomática, querido. Y siga escuchándome: mañana, todos los colaboradores de la CIA en todo el mundo se enteraran de lo sucedido en El Salvador, es decir, que en cualquier momento la CIA puede someterlos a un… programa de sumisión y muerte, sólo con el objetivo de aleccionar a las demás para que siempre se porten conforme a lo conveniente para la CIA pase lo que pase…

—No puede hacer eso —jadeó Tremaine—. ¡La CIA quedaría desmantelada en todo el mundo!

—¿Sólo porque unos cuantos «desgraciados harapientos» se enterasen de las manipulaciones de un loco como usted? ¿Realmente cree que lo harían, que dejarían de colaborar por esto?

—¡Claro que lo harían! ¡YO LO HARÍA!

—Pues lo voy a hacer, Edgar. Lea mañana mi Sección Internacional.

—¡No puede hacerlo!

—¿Por qué no?

—Porque… porque me harían trizas… ¡Y yo la delataría a usted! ¡Diría a todo el mundo que es la agente Baby!

—Magnífico —sonrió gélidamente la espía—. De este modo, la CIA se quedaría sin usted, sin los colaboradores indígenas en todo el mundo, y sin la agente Baby. Es usted verdaderamente genial, Edgar. Claro que no hará eso. Pero yo sí que publicaré ese artículo. Y aun en el caso de que usted me delatase, ¿cree que los rusos, o los chinos, o quienes fuesen, tendrían fácil mi cacería? Tengo en el mundo más amigos que enemigos, podría dividir el mundo en dos bandos, y tenga la certeza de que sería muchísimo más numeroso el de amigos que el de enemigos. Nadie podría perjudicarme. Podría seguir viviendo como una reina donde me apeteciera, más querida y protegida que el presidente de los Estados Unidos y la reina del Reino Unido juntos… Tengo amigos y compañeros que darían la vida por mí. ¿Tiene usted algún amigo así, Edgar?

Tremaine tragó saliva, y susurró:

—¿Qué puedo hacer para disuadirla de que publique ese artículo?

—Péguese un tiro.

Este es el final

—¿Y se lo pegó? —inquirió finalmente Revaz Utchenko.

—¿Usted se lo habría pegado? —le sonrió la anciana dama de blancos cabellos y porte aristocrático.

—Tal vez sí —sonrió a su vez Utchenko—. Hay cosas que sorprenden al mundo, pero que los espías hacemos. ¿Cómo están los muchachos del grupo de Paván?

—Bien, no debemos preocuparnos por ellos. Han sido admitidos en un país presidido por un viejo y querido amigo, y estarán viviendo allá confortablemente durante unos años, hasta que la nostalgia les impulse a volver a su país, ya pasado y casi olvidado todo el asunto.

—O sea, que trabajar con usted es una garantía de supervivencia.

—No diría yo tanto. Pero sí de lealtad y dignidad. Escuche, Revaz, el espionaje ya es bastante asqueroso para que nosotros los ensuciemos todavía más, ¿no le parece?

—O sea, que la KGB también debe de tener su… Grupo Subespecial.

—Usted sabrá.

—No, no lo sé, de verdad… Se está muy bien aquí. Especialmente, con los gastos pagados.

—Era lo menos que podía hacer por usted —rió la dama.

Utchenko la miró, sonrió, y volvió a mirar a su alrededor, el ambiente del lujoso hotel de San José de Puerto Rico donde le había citado la agente Baby, y adonde él había acudido sin recelo alguno. Vivir para aprender.

—¿Más champán? —ofreció la anciana.

—Pues… la verdad es que sí, que me viene de gusto más champán. Es francés, claro.

—¿Todavía no se había fijado? Dom Perignon, naturalmente.

—Lo que más gracia me hace es lo de la guinda…, aparte de este fin de semana de relax en compañía de la más poderosa enemiga de mi servicio. En fin, aceptemos las cosas de la vida. Charlemos, comamos, bebamos, y contémonos chistes rusos y americanos… Pero, por favor, Baby, no me deje en esta duda, dígamelo antes de tener que buscar la noticia en los periódicos… ¿Se pegó el tiro ese hombre, sí o no?

—Él siempre quiso el mayor auge y beneficio de la CIA, ¿no es así? Por lo tanto, tenía que ser consecuente.

—O sea, que se suicidó —susurró Utchenko, estremeciéndose. La anciana dama alzó su copa de champán, sonrió, y dijo:

—Era un hombre muy consecuente… y muy complaciente. Por lo demás él mismo se metió la víbora en su seno. Salud, camarada.

FIN

Notas

[5] Véase la aventura titulada *Felicidad por televisión*. <<